

CRISIS DE LA HEGEMONIA LIBERAL EN TRES NOVELAS CHILENAS

(1908 – 1920 - 1943): AUGURIOS

Hernán Vidal

University of Minnesota

Tres novelas canónicas del género en Chile, *Casa grande* (1908) de Luis Orrego Luco; *El roto* (1920) de Joaquín Edwards Bello; *La sangre y la esperanza* (1943) de Nicomedes Guzmán asumen importancia actual en cuanto plasman la crisis nacional en que terminó la política económica liberal a fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Las novelas cubren unos cuarenta años de historia; su eje común son las reflexiones críticas sobre la descomposición moral, ética e institucional de Chile cumplido el primer centenario de la independencia en 1910. Hay paralelos obvios entre esta crisis y la de 1970, que llevó a la dictadura militar de 1973-1990 y la imposición de un neoliberalismo similar en sus elementos básicos al que había provocado la crisis de 1910.

El Estado de Chile celebra su segundo centenario cuando se escribe este trabajo. Reflexionar sobre esa similitud quizás aporte nuevas perspectivas sobre la historiografía literaria latinoamericana y sus tendencias actuales. Especialmente en Estados Unidos y Europa, en las últimas décadas la crítica literaria ha hecho énfasis en la temática de “la memoria histórica”, centrándola muy restrictivamente en el trauma de las violaciones de los Derechos Humanos más fundamentales por las dictaduras de Doctrina de la Seguridad Nacional. Mi discusión propone que violaciones tan graves como las del período 1973-1990 no podrían haber ocurrido sin una larga tradición cultural anterior que las condicionara, permitiera y fueran aceptadas, justificadas y silenciadas como imperativo ético e institucional (Vidal 2009). Esas novelas de 1908-1920-1943 indican un preludio, entre muchos.

La poética de estas novelas testimonia la crisis de representación política y de hegemonía ideológica de las oligarquías agrícolas-mineras de Chile. Crisis de representación política en cuanto el bloque de poder dejó de sentirse representado por instituciones, partidos y lideratos que antes dieran estabilidad a su dominio. Crisis de hegemonía en cuanto se cuestionaron las pautas racionales y emocionales, los sentidos comunes y los sistemas simbólico-metafóricos que subliminal y rutinariamente llevaban a la población a aceptar y asumir su posición en las jerarquías sociales. En las primeras décadas del siglo XX esta crisis llevó a la hegemonía de las clases medias con un movimiento cívico-militar. Para restaurar el orden social, este movimiento asumió ideologías fascistas, creando las bases institucionales y económicas para la industrialización primaria de Chile desde fines de la década de 1930. En

este período el Estado se convirtió en la principal agencia promotora del desarrollo socio-económico. En el contexto del impacto mundial de la revolución bolchevique en Rusia, la crisis económica e ideológica también creó las condiciones para el surgimiento de un socialismo revolucionario liderado por el Partido Comunista de Chile (PCCH) fundado en 1922 y el Partido Socialista (PS) fundado en 1933. Las tres novelas rubrican a la vez una clausura y una apertura históricas.

Orrego Luco y Edwards Bello renegaron de su origen oligárquico. La novela de Orrego Luco no sólo clausura la validez del orden oligárquico; también declara la degeneración genética de estas familias. Instalándose al otro extremo de la pirámide social, la de Edwards Bello tipifica al proletariado como lumpen criminal, desconociendo varias décadas de su desarrollo como agencia política organizada. Como conjunto, ambas novelas muestran un catastrófico vacío de poder y conducción social. Dadas sus simpatías fascistas, para estos autores la intervención política de las fuerzas armadas desde 1924 y la dictadura de 1927-1931 fue una solución indispensable. Esta intervención fue la que inició la cultura mesocrática terminada en 1970. La novela de Nicomedes Guzmán promueve la sensibilidad social que culminó con el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973) y su proyecto de ruptura hacia el socialismo. Esto acicateó el movimiento cívico-militar que llevó al golpe de estado militar de septiembre 11, 1973.

Contemplados como grandes hitos de la historia chilena, los movimientos cívico-militares de las décadas de 1920 y 1970 parecen imágenes especulares que se reflejan invertidamente.

Son similares en la manera como los bloques de poder de la época solucionaron militarmente las crisis de representación política y hegemonía ideológica. El fascismo de la década de 1920 fue reemplazado décadas más tarde por la Doctrina de la Seguridad Nacional promovida por Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría. Desde la década de 1960 esta doctrina sustentó las dictaduras militares latinoamericanas y sus agudas violaciones de Derechos Humanos. Los procedimientos represivos usados por la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990) reprodujeron los de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931).

En cuanto al factor inverso, la represión de los servicios de seguridad de la dictadura de Pinochet fue más eficaz que la de Ibáñez. Destruyeron tanto la organización clandestina de los partidos de Izquierda como los dispositivos armados que introdujeron a Chile desde Cuba y países del bloque soviético. El término de la dictadura de Pinochet no llevó al fortalecimiento de la organización nuclear comunista como en la de Ibáñez. La validez de la

utopía comunista dependía del robustecimiento y continuidad del bloque soviético de naciones. A fines de la década de 1980 vastos movimientos populares llevaron al bloque soviético a su colapso, debilitándose en extremo la gravitación mundial de los Partidos Comunistas.

En el 2010 Chile celebra el bicentenario con problemas característicos del liberalismo que entró en crisis desde fines del siglo XIX –alta concentración de la riqueza en una pequeña oligarquía; ineffectividad del Estado en la regulación de las inversiones del capital transnacional; deficiencia de los servicios de educación, salubridad y seguro social; alto desempleo, pobreza y criminalidad; grandes migraciones de trabajadores desarraigados. Con el retorno a la democracia en 1990 --con políticas social-demócratas que el PCCH siempre tildó de “reformismo burgués”-- los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia han intentado recuperar aspectos del Estado Benefactor inaugurado por el movimiento cívico-militar de la década de 1920, manteniendo, sin embargo, los pilares centrales del neoliberalismo impuesto por la dictadura a fines de la década de 1970.

En 1910 Chile celebró los primeros cien años de independencia con gran boato y gastos ceremoniales –galas oficiales, banquetes, festivales, ópera, paradas y conciertos militares, actos alusivos en las escuelas. El oficialismo se congratulaba por el crecimiento gigantesco de la economía con la minería del salitre. En la Guerra del Pacífico (1879-1884) Chile había expropiado las provincias peruanas y bolivianas de Tarapacá y Antofagasta, lugar de esos yacimientos. La demanda mundial de salitre integró a Chile a la economía liberal con profundos cambios estructurales y demográficos. Los alimentos y la manufactura de avíos indispensables en las zonas salitreras aumentaron la productividad en el centro de Chile y en las tierras indígenas de la Araucanía en el sur, sometidas militarmente en la década de 1880 (Sunkel). Los enormes recaudos fiscales por exportación y la teoría económica liberal llevaron a que el Estado chileno no estableciera un sistema nacional de impuestos internos personales y empresariales. El Estado reforzó la expansión productiva con un masivo programa infraestructural --irrigación, caminos, ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, puertos, ampliación del sistema educacional y la modernización del equipamiento e instrucción de las fuerzas armadas.

Surgieron grandes fortunas chilenas en zonas salitreras no controladas por empresas extranjeras, en la minería del carbón, en los latifundios agropecuarios, en el procesamiento de carnes, harina, azúcar. Hacia fines del siglo XIX se hicieron evidentes efectos del librecambismo similares a los contemporáneos –obstaculización por la banca y las empresas extranjeras para que el Estado orientara la economía de acuerdo con intereses nacionales;

alta concentración de la riqueza en una pequeña oligarquía; superexplotación de la masa trabajadora en cuanto los empresarios buscaban el mayor rédito posible deprimiendo su salario y su consumo, aumentando sus horas de trabajo, despreocupándose de sus condiciones y seguridad de trabajo.

Las oligarquías agenciaron políticas fiscales de depreciación sistemática de la moneda nacional para pagar su endeudamiento dentro de Chile y los salarios de la masa laboral con pesos devaluados, conservando, sin embargo, el valor de sus ingresos desde el exterior en moneda dura depositándola en bancos extranjeros. La mayor valoración de la tierra de explotación agropecuaria llevó a una mayor concentración latifundista y a la expropiación de granjeros pequeños y medianos. A estos desplazados se sumaron los campesinos desocupados por alguna modernización mecánica. En conjunto los desplazados formaron una masa de trabajadores no calificados (“gañanes”) que circulaban por todo Chile en busca de trabajo en la construcción infraestructural, en la explotación salitrera, en la agricultura según las estaciones, en servicios y manufacturas en las grandes ciudades, en la criminalidad y en la prostitución.

Por la centralización del sistema ferroviario, las grandes ciudades --en especial Santiago-- se convirtieron en eje de circulación de esas masas trashumantes. Se concentraron en tugurios miserables, infestados de parásitos, sin los más básicos sistemas sanitarios. Para las oligarquías estas barriadas significaron amenazas de violencia anarquista y criminalidad quizás incontrolables. Para intelectuales de las clases medias críticos del orden social eran síntoma del colapso del Estado. Estos intelectuales demandaron reformas institucionales y plantearon las temáticas que en adelante, por décadas, se discutirían a nivel nacional --la decadencia de las clases dirigentes nacionales; la inestabilidad de la economía y el escándalo de la constante desvalorización monetaria para favorecer a la oligarquía; la llamada “cuestión social” (= la extrema miseria, insalubridad, falta de educación y criminalidad de las capas más bajas de las clases trabajadoras); la corrupción moral y ética de la nacionalidad. Políticamente estos intelectuales se ubicaron en un espacio intermedio entre el liberalismo de la oligarquía y las tendencias anarquistas y comunista que predominaban en las organizaciones de trabajadores.

Estos críticos surgieron de las profesiones requeridas por la modernización librecambista --abogados, médicos, contadores, ingenieros, constructores, burócratas estatales, pequeños empresarios de comercio, agricultura, minería, educadores, veterinarios, agrónomos, oficialidad militar. Los más notables fueron Valentín Letelier, Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, Francisco Antonio Encina, Alejandro Venegas (que usó el pseudónimo Dr.

Julio Valdés Cange), Alberto Cabero, Darío Salas, Augusto y Luis Orrego Luco. Configuraron un pensamiento nacionalista que abogó por un socialismo de Estado en que se advierte la fuerte influencia alemana en la modernización de las instituciones estatales chilenas desde las décadas finales del siglo XIX. En especial se advierte la influencia del economista Georg Friedrich List (Levi-Faur; Villalobos).

List describía una antinomia insolucionable –el liberalismo económico obligaba a políticas económicas de corto plazo preocupadas exclusivamente de los términos más rápidos y convenientes para el intercambio económico nacional e internacional, definiendo el desarrollo socio-económico nacional como el aumento de la explotación de los recursos humanos, naturales y materiales. Para ello era necesaria una división (=especialización) nacional e internacional del trabajo y la acumulación y libre movilización mundial de capital financiero. List argumentaba que el liberalismo económico no consideraba la importancia fundamental del capital humano, a su juicio verdadero motor del desarrollo de las naciones.

List proponía que una nación, para desarrollarse, debía concebirse como conjunto humano de identidad diferenciada según la evolución de su lengua, costumbres, cultura e instituciones. Gobernarla requería un liderato económico, político y estatal capaz de reconocer, interpretar y verbalizar esa individualidad colectiva y plantear políticas sociales a largo plazo para servir sus intereses. Al contrario de las políticas económicas liberales, este nacionalismo planteaba la necesidad de un régimen estatal ejecutivo, autoritario (“bismarckiano”), que se irguiera por sobre intereses particularistas para hacer efectivo el bien común a largo plazo.

Para List la función esencial del Estado era proteger la productividad nacional privilegiando por sobre todo el capital humano como motor verdadero del desarrollo nacional. Esto se traducía en que el Estado instaurara un sistema educacional y un clima cultural en que las artes, las ciencias, la filosofía y los oficios generaran constantes innovaciones técnicas en toda actividad con un sentido colectivista. Consideraba la industrialización como el mayor logro de las nacionalidades por cuanto diseminaba conocimientos científicos especializados y obligaba al trabajo coordinado y disciplinado de grandes contingentes humanos para el bien común.

List contrastaba la situación de las economías agropecuarias y extractivas de minerales como Chile con las manufactureras en el mercado internacional. Las naciones agropecuarias y extractivas exportan capital natural y material y la fuerza bruta de la masa laboral, sometida también por la fuerza bruta, a cambio de capital humano, intelectual objetivado en los productos importados desde las naciones industrializadas. Los precios de las mercancías

intercambiadas nunca son comparables. Esto significa una fuga de valor que siempre favorecerá la calidad de vida en las naciones industrializadas y mantendrá en desventaja y constantemente desmejorará la de las naciones agropecuarias-mineras. Estas economías quedan sometidas a las naciones que, al industrializarse, también complementan unitariamente lo agropecuario y lo comercial. List recomendaba políticas estatales proteccionistas de largo plazo que promovieran empresas nacionales de la tierra, la industria, el transporte, las comunicaciones y las finanzas para conservar dentro del territorio nacional la producción de valor agregado.

En Chile estos planteamientos se tradujeron en expectativas de reforma de la constitución política para implantar un régimen estatal con un Ejecutivo fuerte, que fuera el principal agente del desarrollo socio-económico nacional. El Estado debía crear un sistema bancario presidido por un Banco Central que terminara con el caos producido por la banca privada con sus emisiones arbitrarias de papel moneda y las constantes devaluaciones y maniobras bursátiles; la creación de instituciones como la Caja de Crédito Minero, la Caja de Crédito Industrial que convirtieron al Estado en principal agente del desarrollo económico. En lo social, el establecimiento de un sistema educativo nacional con una educación primaria obligatoria; la limitación del horario y la mejora de las condiciones de trabajo; el establecimiento de un seguro estatal de salubridad y jubilación.

Todo esto implicaba un cambio radical en el entendimiento de la calidad de vida de las clases sociales subordinadas. La concepción de beneficencia caritativa para los “pobres” propiciada por la Iglesia Católica y sectores oligárquicos sería reemplazada por el concepto secularista de que la educación gratuita y la seguridad social son derechos ciudadanos que deben ser garantizados por el Estado.

Los nacionalistas desconfiaban del régimen político surgido después de la guerra civil de 1891 --la República Parlamentaria. Este parlamentarismo permitía al Congreso derribar gabinetes ministeriales con votos de negación de confianza a uno o varios ministros. La frecuencia de las caídas ministeriales se relacionaba con maniobras para pasar leyes que privilegiaban algún interés latifundista, bancario, de empresas mineras nacionales o extranjeras (Etchepare; Gumucio). Los parlamentarios no votaban según la lógica de un proyecto nacional sino de acuerdo con la paga que se les ofreciera ocasionalmente. Para presionar al Ejecutivo, en sus maniobras los partidos políticos con frecuencia vetaban los presupuestos fiscales. Esto afectaba los fondos de jubilación, salarios y ascensos de la oficialidad de las fuerzas armadas. Llegaría un momento en que la oficialidad se pronunciaría al respecto.

Parlamentarios, ministros, candidatos a la presidencia de la república fueron gestores reconocidos de alguna legislación o decreto ejecutivo que favoreciera intereses privados. Este poder de gestión era articulado, reforzado y facilitado táctica y estratégicamente por la concesión de puestos en la administración pública estatal y municipal, en las fuerzas armadas y en la policía. La corrupción política se convirtió en un negocio nacional, en una “industria”. Chile nunca había sido una república democrática en el sentido contemporáneo --la soberanía de una sociedad civil que genera las autoridades nacionales a través de elecciones libres e informadas. No obstante, en el contexto de los intereses en juego, la República Parlamentaria llegó a extremos mayores y mejor organizados en la falsificación de listas de ciudadanos con derecho a voto; en la falsificación de balotas de candidatos en competición; en el cohecho con dinero, alcohol y comida de sufragantes en las ciudades; la crasa presión y transporte como recuas animales de campesinos para votar por los candidatos designados por los latifundistas; el asalto a las mesas de sufragio para robar las cajas de balotas; el asalto a mano armada de locales de oponentes políticos; la descalificación arbitraria de candidatos triunfantes en las urnas por “comisiones escrutadoras” del Parlamento (Etchepare; Gumucio).

Aunque no desecharon conexiones con los partidos políticos (en especial con las alas más progresistas de los Partidos Liberal y Radical) o servir en cargos gubernamentales de importancia y ministerios, los nacionalistas buscaron una imagen independiente, asociándose con grupos de presión (*lobbies*) como la Unión Nacionalista (UNA) (Barr-Melej) y la Francmasonería, con elementos anti-oligárquicos y reformistas de la clase media, especialmente con el Ejército de Chile (Vicuña Fuentes; Vidal 2006). Se conformó un movimiento reformista cívico-militar manifestado en el pronunciamiento militar iniciado en 1924. En éste finalmente predominó la “oficialidad joven” progresista por sobre los altos mandos asociados con la oligarquía. La oficialidad joven apoyó la dictadura del coronel Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931). Junto con que las fuerzas armadas cometieron egregias violaciones de Derechos Humanos, en este período se impusieron las primeras leyes de seguridad social y se sentaron las bases para la industrialización chilena que se desarrollaría en las décadas siguientes.

Casa grande y El roto, las dos primeras novelas discutidas a continuación, registran las marcas del nacionalismo de una época en que la sociedad civil y su esfera pública no tenían ni la densidad institucional ni la articulación para servir de interlocutor del Estado de acuerdo con una diversidad de identidades sociales. Orrego Luco y Edwards Bello residieron largo tiempo en el extranjero, su interlocución en Chile se limitó a pequeños circuitos letrados. Pensaban que la institucionalidad y las relaciones sociales obedecen a esencias raciales

inmutables. Sin embargo, contradictoriamente creían que la ingeniería social de un socialismo de Estado y un autoritarismo verticalista podrían alterar esa inercia racial. Edwards Bello tuvo una ambigua admiración por el fascismo europeo de Oliveira Salazar, Mussolini y Hitler (Edwards Bello 1960, pp. 185; 190). Esta simpatía lo llevó a interpretar los dos hitos más importantes de la historia chilena del siglo XIX, los gobiernos de Diego Portales y José Manuel Balmaceda, como “proyectos fascistas” fundacionales de la nacionalidad chilena (Edwards Bello 2008, p. 264).

Por un período, Edwards Bello pensó que un héroe como Mussolini, purificador de la corruptela política, carismático, poético, fiel intérprete del inconsciente colectivo de la nacionalidad, movilizador de masas, “salvaría” a Latinoamérica (*Ibid.*, p. 169), rescatando y proclamando ideas superiores que, para concretarse, demandaban violencia aguda, aun gangsteril (*Ibid.* p. 174). Es evidente la influencia de George Sorel y Gustave Le Bon en cuanto al modo con que los mitos influyen en la psicología de las masas para movilizarlas políticamente. En un posible liderato fascista se fundían la poesía y la acción política. En la ausencia de este líder, los militares jóvenes llenarían el vacío conduciendo un movimiento “de todos los elementos sanos de todos los órdenes sociales” para neutralizar la feroz lucha de clases de la época (*Ibid.*, pp. 303-307).

Para Edwards Bello la creación literaria debía imitar este modelo poético-político impactando en el inconsciente colectivo nacional e incitando a las masas a establecer un gobierno autoritario para la renovación social. En sus ensayos político-periodísticos Edwards Bello tiende a la hipérbole, comparando la imagen del literato a la del caudillo fascistoide que azuza con “lenguaje altisonante, dogmático”, exponiendo en sus diatribas sólo “ideas sinópticas”, “promesas, utópicas”, “imágenes, vulgares a veces hasta lo chabacano”. Tras la hipérbole se atisba que el melodrama es el formato retórico más adecuado para este proyecto político –las acciones humanas están condicionadas por factores raciales, institucionales y psicológicos que la conciencia no percibe, o sólo intuye vagamente, y que llevan ineludiblemente a fines catastróficos que deberían ser superados, explotando tensiones emocionales. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, con frecuencia quedaron combinados el melodramatismo de las tesis sociologistas del Naturalismo con la lírica del Modernismo para profundizar en las sensibilidades de los personajes.

En su evolución ideológica de Luis Orrego Luco también llegó al fascismo, plegándose al Movimiento Nacional Socialista fundado en 1932 por Jorge González von Marees. En una carta de 1936 Edwards Bello menciona que “un escritor nacista, Luis Orrego Luco, me decía emocionado cómo el señor González Von Marees renunció a un grato porvenir y puso su

fortuna entera al servicio de la causa. Conozco a muchos escritores nacistas y creo que todos debiéramos serlo si ansiamos sentir hincharse velámenes –hoy plegados—por un viento de honor y victoria ...” (Bragassi).

Más tarde, el nacionalismo llevó a Edwards Bello a rechazar el fascismo por ser importación de élites europeizantes. Apoyó al americanismo anti-imperialista de Raúl Haya de la Torre, fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) (Edwards Bello 1962). Transferir este americanismo a lo literario ha llevado a situar la literatura de Edwards Bello en el movimiento llamado “criollismo”. A diferencia de Edwards Bello, el nazismo chileno al que se adhirió Orrego Luco se declaró en contra del americanismo del APRA.

Casa grande y El roto se instalan entre los grandes arquetipos simbólicos del nacionalismo chileno de la época. Opino que *Sinceridad. Chile íntimo en 1910* (1910) del doctor J. Valdés Cange, pseudónimo del profesor primario Alejandro Venegas, es la obra que mejor los expone. A raíz de la celebración del primer centenario de la independencia de Chile Valdés Cange critica la cultura oficial como una teatralidad de la oligarquía que monta una “comedia”, un “sainete” vergonzoso, para ocultar la “abyección” extrema en que había caído la nacionalidad. Es clave un párrafo del prefacio dedicado “A la Juventud:

Así los que rijen el destino de nuestra patria rasguñaron el fondo de las arcas fiscales para vestirla rejiamente y representar la farsa de la opulencia; así, después de haberla envilecido y esquilado despiadadamente, olvidando los juramentos que hicieron nuestros padres al darle vida, se presentaron como viles fariseos a quemar inciensos en sus aras, i vinieron los amigos i celebraron sus virtudes cívicas i la creciente prosperidad de nuestra nación ... (p. 24).

Valdés Cange cuadrícula la cultura oficial horizontalmente, de manera tripartita –adelante hay un frontis de gran boato y falsía, “que pregonan nuestra mentida grandeza” (p. 23), que enmascara bambalinas traseras de envilecimiento, criminalidad y degeneración, trazas de un cataclismo en que “concluyen los escrúpulos, se desencadenan la codicia i las ambiciones más ruines, i el desenfreno, como una ola gigantesca, siempre creciendo, todo lo alcanza y lo malea” (p. 32); “La farsa es tan grosera, tan toscas son las bambalinas, tan desvencijados los bastidores, que los únicos que pueden engañarse son los mismos farsantes i tramoyistas que por haber tomado mui en serio sus papeles, acaso han llegado a creerlos reales” (p. 35).

Más atrás está el espacio de la *intimidación* chilena, a la que el intelectual crítico tiene acceso por su espíritu de *sinceridad*, que capacita su mirada penetrante, no desorientada por

los afeites, las capas de pintura y las zalamerías. Desde esta intimidad clama agoraramente: “No he podido resignarme a autorizar esta infamante comedia con mi silencio i vengo a turbar los cantos de regocijo con mi voz lúgubre, como la de una ave siniestra que grazna sobre las ruinas ... Yo no puedo cantar, porque he buscado la verdad de nuestras glorias presentes i por mi mal la he hallado” (p. 24).

La noción de intimidad es instalada en la privacidad de las casas de familias notables, espacio arquetípico que ha caracterizado la historia de la novela chilena. Desde allí se irradia horizontal y verticalmente la sinceridad que, de hecho, significa exponer crasamente el horror de los efectos de la institucionalidad en la psicología social chilena. El párrafo citado alude a que ese horror está ligado a la malignidad de los mercaderes que se han apoderado de los espacios de la familia chilena sacralizados en su origen (“aras”) por los padres de la patria.

En un corte vertical, ese frontis aparece habitado por seres de limitada conciencia social que según su “perspectiva engañosa se creen en el mejor de los mundos” (p. 30); luego se desciende “al abismo” (*Ibid.*), a las profundidades de la “abyección” (p. 31), del “silencio”, donde yace “el cieno i la podredumbre de nuestra historia” (p. 24), donde se percibe claramente “nuestro ruin espíritu logrero i nuestra inclinación invencible al alcohol y a la mentira” (p. 37). El intelectual crítico elige expresar la verdad desde la “perspectiva hondamente triste que presenta nuestra sociedad mirada desde aquí abajo, desde el núcleo del pueblo ...” (p. 37). Aunque hay un fuerte tufo de fatalismo racista, el discurso está dirigido a una juventud quizás “rejuvenadora”: “Pero no vayais a creer, ¡oh jóvenes! Que [ésta] es una elejía del desaliento; ¡nó, tengo fe en en las fuerzas vitales de nuestra raza joven, tengo fe en que hai muchos elementos dañados que pueden rejuvenarse, i más que todo, tengo fe en vosotros, que todavía no estais corrompidos!” (p. 25). Nótese: *Todavía no estais corrompidos* -- las instituciones chilenas son reconocidas como maquinaria degeneradora, de enfermedad y muerte.

Según esta poética, *Casa grande* queda situada en esa superficie de tumultos de la “mentida grandeza”. *El roto* se ubica en el fondo de ese “abismo”, “cieno y podredumbre de nuestra historia”. La noción de “sinceridad” las conecta como espejos que se reflejan mutua y simétricamente –la corrupción de un hogar de la oligarquía corresponde a lo que pueda entenderse como hogar en un prostíbulo miserable.

CASA GRANDE: La Falsía Enmascarada

El impacto y la eficiencia melodramática de la fábula merecen atención primera.

Gabriela Sandoval y Angel Heredia, jóvenes de familias de abolengo colonial, se

enamoran y pretenden casarse. Don Leonidas Sandoval –gran latifundista-- termina la relación convencido de que Angel es nada más que un cazafortunas. Muerto el patriarca, su esposa Benigna permite un rápido noviazgo y matrimonio en 1901. Preocupada de su alcurnia, la nueva pareja incurre en altísimos gastos domésticos –mansión, carruajes, servidumbre, lacayos, chef, nodriza extranjera para la hija y el hijo; modas, joyas, cosméticos, muebles y objetos de lujo importados de Europa; eventos sociales para sus relaciones, con las mejores comidas, licores y cigarros; magnificencia con los pobres organizando kermesses caritativas; membresía en los más conspicuos clubes sociales y de *sport*. Los gastos se hacen insostenibles. Angel no tiene profesión ni oficio. Gabriela carece del interés y de los conocimientos más elementales para administrar el presupuesto doméstico. Aún más, fieramente orgullosa de su abolengo, considera el lujo como derecho inalienable. Heredia administra sus bienes a pesar de su descuido e ignorancia de asuntos financieros. Múltiples pleitos impiden la pronta división de la herencia de don Leonidas entre los Sandoval y el alivio de la situación. A dos años de matrimonio, incompatibilidades emocionales distancian a la pareja, acentuadas por los problemas económicos.

Heredia invierte un fuerte capital en acciones de la compañía Malveo, que comenzaría a explotar enormes yacimientos de potasio en el norte de Chile. Se esperaba que el potasio se convertiría en una exportación de importancia mayor aún que la del salitre. En corto tiempo las acciones alcanzan altísimo precio. La fortuna de Heredia se hace enorme, pero también aumentan sus gastos y sus orgías. En una *soiree* Gabriela se entera de que Angel ha tomado como amante a una soprano italiana, en quien gasta grandes sumas. Gabriela abandona el hogar llevándose a los niños. La separación coincide con la crisis bursátil de 1905. Las acciones Malveo se desvaloran rápida y brutalmente. Al borde de la ruina, Heredia entra en una profunda depresión y añora la ilusión del cariño y del apoyo espiritual que podría haber esperado en su familia perdida. El cura Correa –consejero espiritual de familias de alcurnia-- lo saca de su postración recomendándole un largo viaje por Europa. El tiempo, la distancia, la soledad de ambos y el cariño por los hijos traerían la reconciliación.

En el trayecto entre Nueva York y Le Havre (Francia), a bordo del transatlántico Heredia conoce a Nelly, hija de Astor Lee, gran empresario estadounidense. Nelly es extraordinariamente parecida a Gabriela. Se enamoran y prometen reunirse en España, en Granada. En el ambiente de la Alhambra, la sensualidad y la espiritualidad de su romance alcanza lo sublime. La madre de Nelly --quien la acompaña por Europa-- se opone a su relación. Angel Heredia vuelve a Chile sin haber aclarado su situación y con la promesa no explícita de un matrimonio futuro con Nelly. La madre de Nelly ya ha recibido información de

chilenos residentes en Europa de que Angel Heredia es casado y padre de familia.

A su llegada a Chile el cura Correa informa a Heredia que ha agenciado la reconciliación con Gabriela y con la familia Sandoval. No obstante, las animosidades de la pareja y las disputas por los gastos se reactivan prontamente. En las normas legales y éticas chilenas no existe la solución del divorcio. Ante el dilema de elegir entre su familia y Nelly, Angel opta por asesinar a Gabriela. La envenena gradualmente para crear un cuadro sintomático de enfermedad. Gabriela y la sirvienta más antigua de la familia descubren el intento y lo callan. Heredia recibe un anónimo que acusa a Gabriela de tener un amorío con Leopoldo Ruiz, pretendiente que, de soltera, la joven había rechazado. Por esto Heredia ultima a su esposa con una inyección de cianuro de potasa y digitalina. Antes de morir, Gabriela protege a su marido indicando que ella es responsable de su muerte por haberse equivocado en indicarle la medicina que debía inyectarle.

Luego del crimen la depresión de Heredia se acentúa; se aísla, sufre de insomnio y se hambrea. A su culpabilidad se suma la paranoia de que el doctor Pascual Ortiz sospecha del asesinato. Como demente vaga por las calles gritando su desesperación. En este torbellino Heredia recibe una carta de Nelly informándole de que su madre ha muerto agraviada por la situación verdadera de Angel y el amor irrenunciable de Nelly. Nelly piensa que ambos son culpables de su muerte. No obstante, lo incita a que abandone Chile y se una a ella en Ohio. Encerrado en su escritorio, ante un espejo Heredia alucina que aparece una figura que a la vez es Nelly y Gabriela. En un paroxismo Heredia llega a la epifanía cristiana referida en la *Imitación de Cristo* que su madre solía leerle en la infancia--"Vanidad es buscar riquezas perecederas y esperar en ellas. También es vanidad desear honras y ensalzarse vanamente. Vanidad es seguir el apetito de la carne y desear cosa por donde te sea necesario ser gravemente punido [...] Vanidad es amar lo que tan presto pasa [...] El que me sigue no anda en tinieblas, más tendrá lumbre de vida" (p. 361).

Lo expedito de la fábula contrasta con la morosidad con que la omnisciencia expone la narración. Plantea tesis sociológicas que explican el modo de vida y la declinación de la antigua oligarquía chilena de origen español. Para ello entrama condicionamientos raciales, éticos y económicos que melodramatizan el destino de los protagonistas. No parecen contar el libre albedrío y la responsabilidad moral de los individuos.

Se trata de un estudio caracterológico en que la omnisciencia fundamenta su veracidad con el cientificismo de sus tesis, la observación de las reacciones más íntimas de los individuos y citando de la sabiduría de ancianos concedores de los usos de la oligarquía chilena -don Leonidas Sandoval; el "Senador" Peñalver, individuo parasítico que vive de su

amistad con familias de alcurnia; Justino Vanard, gestor de favores políticos, atenciones y consejos financieros a estas familias. El lenguaje carga un fuerte lirismo modernista evocador de todo tipo de matices sensuales.

La tesis más básica es que la antigua oligarquía chilena es incapaz de adaptarse al capitalismo moderno ejemplificado por Estados Unidos. Como lo que propusiera List, allí las ramas financiera, agrícola y manufacturera se complementan óptimamente en manos de una casta empresarial habituada a invertir enormes capitales para incrementar y perfeccionar una productividad científicamente administrada. Los caracteres representativos son desinhibidos, francos, simplotes, de parco pragmatismo. En contraste, Angel Heredia tipifica el sibaritismo, la degeneración biológica y los meandros neuróticos de la oligarquía chilena. El alcoholismo de un abuelo había acentuado la violencia guerrera de su raza condicionada por la larga lucha contra los musulmanes y trasladada a América con la conquista. El autoritarismo feudal se había prolongado con las mercedes de tierras e indígenas, las que todavía administraban con criterios ancestrales. La violencia se conjugaba con un sensualismo extremo, con un misticismo en que se fusionan la morbidez y el gozo perverso del sufrimiento espiritual y de la muerte como un placer sexual. Aunque la familia de Gabriela no había sido tarada por el alcoholismo como los Heredia, la joven comparte la misma sensibilidad. En los momentos más álgidos de sus dilemas, las tensiones emocionales de Angel y Gabriela se traducen en quebrantos histéricos.

Los desequilibrios mentales inhabilitan a la generación de Angel y Gabriela para enfrentar la crisis económica que culmina en 1905. Ese año el gobierno decide restablecer la convertibilidad en oro del peso chileno, precedido esto por una masiva emisión de papel moneda de bajo valor. Esto gatilla una frenética actividad bancaria para colocar esa emisión en préstamos privados a corto plazo que resultan en el financiamiento de riesgosísimas especulaciones bursátiles. Supuestamente éstas traerían réditos en oro una vez repuesta la convertibilidad. Es un frenesí que permitió que compañías fraudulentas, como la Malveo, aparecieran como atractivas inversiones, de rapidísimo enriquecimiento. Estos especuladores son identificados como “plutocracia” advenediza (entre ellos Bamberg, un gran financiero internacional judío) que amenaza las tradiciones de la antigua oligarquía. Para su publicidad la plutocracia explota el prestigio social de los oligarcas hispánicos dándoles puestos en directorios excelentemente pagados, para prestigiar a empresas de valor dudoso o nulo. Con ello se exponen las fallas éticas que arruinan a la oligarquía –los mayores no transmitieron a los jóvenes los valores de trabajo, productividad, frugalidad de vida y el control de la actividad política que habían mantenido el dominio social de su clase.

A los ojos de Angel, su padre es un avaro que le entrega una mesada miserable, indigna de su alcurnia. No reconoce que su padre intentó obligarlo a que se abriera paso en la vida con disciplina y esfuerzo empresarial. A pesar de sus refunfuños, don Leonidas no limita los exorbitantes gastos suntuarios de su hija Gabriela. Pero la crítica paterna no tiene sentido en la medida en que no ha dado a sus hijos la educación necesaria para asumir un oficio, profesión, administrar una empresa o un presupuesto familiar. La única opción abierta a los jóvenes de esta clase es un matrimonio con alguien de fortuna. En su matrimonio con Gabriela, Angel Heredia materializa el sueño de un cazafortunas. No obstante, el enorme gasto suntuario de ambos lleva inevitablemente a agotar el capital familiar. Esta vulnerabilidad azuza en Angel el deseo de aprovecharse de las maniobras publicitarias de los especuladores que utilizan el prestigio social de estos "inútiles" aristocráticos. Así Angel Heredia acumula una gran fortuna sin bases en la productividad de las tierras heredadas por Gabriela sino en los valores ficticios de acciones como las Malveo.

Es una situación extraña –en el lapso de una sola generación la oligarquía ha permitido que sus retoños se corrompan por el ocio, el exhibicionismo suntuario, el ritualismo de visitas a hogares de familias de alcurnia para hacerse notorios, a fiestas, a mostrarse en lugares de moda, en la ópera, en la hípica, por el sibaritismo europeizante permitido por la economía liberal. Luis Orrego Luco es rígido en sus tesis en la medida en que no menciona que, históricamente, la lucha de clases recrudecía en Chile contra las dislocaciones causadas por la economía liberal. Ya se movilizaban en su contra la Iglesia Católica (la encíclica *Rerum Novarum*), la Francmasonería, partidos políticos como el Radical y el Demócrata y las emergentes organizaciones de trabajadores.

Esa rigidez clausura todo alivio para Angel Heredia, aunque Nelly Lee se lo ofrece. En el abismo de su depresión, Angel recibe la carta de Nelly pidiéndole que se reúna con ella en Ohio. Es una oportunidad para escapar y comenzar una vida nueva si en Chile hubiera existido el divorcio. Pero, en una alucinación, Nelly aparece ante Angel y gradualmente se transforma en Gabriela. Por ello Heredia sabe que nunca será feliz con Nelly; el fantasma de Gabriela siempre lo perseguirá. No obstante, su conciencia atávica le ofrece una consolación mística. Arrodillado ante un crucifijo recuerda las palabras de consolación de la *Imitación de Cristo* que su madre le leyera en su niñez. La omnisciencia termina el relato preguntando irónicamente: "¿La encontraría esa alma culpable y noble, débil y criminal? Cerrada ya la noche, los suspiros de agonía ¿lograrían sacarla de la sombra?" (p. 361).

Considerándose que Heredia reconoce ser un parásito social y un cazafortunas, las tesis deterministas acumuladas en la narración hacen implícito que también ha reconocido

que en Estados Unidos y entre los Lee –familia de capitalistas de gran envergadura, modernos, francos, decisivos y sin pretensiones de alcurnia-- jamás podrá disponer a su arbitrio de los capitales de Nelly como lo había hecho con los de Gabriela, mucho menos administrarlos con eficiencia.

La cita final de la *Imitación de Cristo* sirve de clave retrospectiva de la malla simbólico-metafórica que subyace en la narración. Esta progresa a partir del mito uranio de renovación de la vida con el desplazamiento de los planetas y el cambio de las estaciones del año. En el verano la plenitud de vida es mostrada por las multitudes paseándose en los parques de Santiago; los amigos de Gabriela disfrutando unas vacaciones en la hacienda de los Sandoval; don Leonardo festejando a sus campesinos como patriarca feudal. Sigue la decadencia otoñal -el matrimonio de Gabriela y Angel y su crisis, las especulaciones bursátiles fallidas de Angel, la gran crisis financiera de Chile en 1905. El invierno trae el asesinato de Gabriela y el quebranto nervioso de Heredia con que termina el relato. No hay primavera, renovación de la vida.

Dos episodios de importancia magnifican el radical desfase entre el orden social y el orden natural. Se trata de una dialéctica invertida --don Leonidas da sus consejos fatalistas a Gabriela en la plena vitalidad y despreocupación de los jóvenes en el verano, en su visita al latifundio; la renovación de la capacidad de amar en Angel con el recuerdo de su romance con Nelly en Granada se da también en la transición entre una primavera y un verano, mientras Heredia está en lo profundo de su desilusión y depresión. Concurrentemente se da un descenso desde la engañosa luminosidad y la amplitud de los espacios veraniegos a la cuadrícula y niebla otoñal de las calles de la ciudad de Santiago, ahora con sus muchedumbres comparadas con hormigas; el encierro y la frivolidad de los lugares de moda de la gente bien, de los espacios de especulación bursátil y finalmente la penumbra y la oscuridad invernal de las mansiones en que ocurren los fatídicos dramas íntimos de la oligarquía. Los espacios cerrados permiten que la omnisciencia observe detenidamente la patología de los personajes.

La mutilación de los ritmos naturales, el enclaustramiento espacial y el descenso a la insanía son índices de la crisis oligárquica. Generación de vida equivale a capitalismo de alta productividad. Se contrasta el anticuado capitalismo chileno con el capital financiero transnacionalizado que lleva a la declinación del país. El mercado financiero transa abstracciones fantasmales –dinero en papel inconvertible en oro o plata; instrumentos bursátiles difíciles de entender, papeles sin sustancia concreta, negociables en la medida en que las empresas que los comercializan proyecten la ilusión de poseer un patrimonio,

prometan réditos y mantengan la fe de los inversionistas en el sistema económico. Es un ilusionismo similar al que impulsa la publicidad comercial promotora del consumismo suntuario de los hijos de la oligarquía. Viven para exhibirse como figurines y maniqués de moda, siempre endeudados.

El ilusionismo financiero da sustancia a la metáfora central del relato –la *sombra*-- y es don Leonidas quien la expone a comienzos de la narración. Para don Leonidas es imposible que los valores de su clase permitan relaciones humanas honestas, de genuino entendimiento entre los individuos, especialmente en lo amoroso, fundamento de la reproducción biológica de la sociedad. De allí su oposición al romance de Gabriela con Heredia, vaticinando a su hija un futuro desgraciado (“estás destinada a ser víctima eterna de la vida”; “Vas a entregar tu corazón al primer hombre que te dirija una mirada ardiente, con la misma facilidad con que el cordero entrega su lana blanca”, p. 64):

Desde luego, nadie se conoce ni existe armonía entre estos tres valores: lo que *somos* en realidad de verdad; lo que nosotros *creemos* ser en nuestro fuero interno, y lo que el mundo *juzga* que somos. En seguida viene la imaginación y todo lo abulta y todo lo transforma, convirtiendo hechos insignificantes en montañas, sea creándonos desgracias inminentes, que no vienen; sea poniendo en nuestras manos, como próximos, la riqueza, el poder, la felicidad, que nunca llegan. La imaginación hace que el mundo viva fuera de la vida real, corriendo tras la *sombra*, esa imagen, ese reflejo fascinador que a todos nos engaña, ya lo creamos poder, ya riqueza, ya dicha, ya el amor, y que no es sino forma de la vanidad humana ... simplemente la *sombra*, que sólo llegamos a conocer cuando ya es tarde (p. 64).

Esta fragilidad facilita el desencadenamiento de las obsesiones, tormentos, arrebatos, inseguridades, antagonismos, engaños, desatinos, neurosis e histerias del atavismo de parejas como Gabriela y Angel, “era la acción ciega y desbordada del tranque roto, que todo lo arrasa dejando tras sí ruinas, cadáveres y montones de cieno” (p. 169). La hipocresía familiar como norma básica mantiene esta inercia, “la complicidad de los padres en disimular defectos, enfermedades y vicios de naturalezas degeneradas, o en mostrarlas en atmósfera de ostentación falsa, de aparato y lujo efímero que sólo tienen la apariencia exterior ...” (p. 156). Proliferan atmósferas insoportables para la convivencia “con un mal fermento de pasiones disolventes y ardorosas” (p. 165), con sensaciones primordiales de “repugnancia, de náusea íntima, completa y profunda, que todo lo emporcaba con su lodo fétido” (p. 187). La legalidad católica preserva esa inercia: “Ese hombre y esa mujer atados por la cadena del matrimonio

eterno, de situación legal que la sociedad les ha creado, remachándola como hierros de galeote, se hallaban en un círculo de hierro imposible de romper ..." (p. 154).

La disolución moral de existencias individuales y privadas se proyecta hacia lo público: "La sociedad entera se sentía arrastrada por vértigo irresistible, por ansiedad de ser ricos pronto, al día siguiente. Las preocupaciones sentimentales, el amor, el ensueño, el deseo, desaparecían barridos por el viento positivo y frío de la ansiedad de dinero, de mucho dinero. Y las almas veían desaparecer de la existencia todo sentido espiritual, barrido por apetito feroz y desenfrenado de lucro, por sensualismo desatentado, para el cual desaparecía todo valor que no fuese de la Bolsa" (pp. 198-9).

La sociedad convertida en una galería de espejos, como gigantesco caleidoscopio muestra visajes desconectados de lo real, en que la oligarquía expresa sus caprichos, hipocresías y temores. Los espejos y sus visajes indican un terror ante la dinámica y la inestabilidad incontenibles de la modernización capitalista y lo inadecuado del sistema económico-institucional chileno. La historia aparece como un movimiento incontenible que erosiona todo refugio en la tradición hispánica de la oligarquía. El sentimiento más fundamental de seguridad para la oligarquía está en un estatismo medieval que, en última instancia, valora la muerte como consuelo y superación de las vicisitudes de la vida o, en su defecto, valora el escapismo en la insanía de visos místicos.

La dialéctica invertida antes señalada es elevada a una mayor complejidad cuando se entrecruzan, especialmente hacia fines del relato, los diferentes elementos de esa malla simbólico-metafórica. Hay momentos en que cada elemento simultáneamente significa todos los otros -sombra = espejo = visajes = hipocresía = terror = dinámica/ inestabilidad / sufrimiento *versus* estabilidad / paz / insanía / muerte.

En momentos en que Gabriela más sufre las consecuencias de su envenenamiento gradual y la ruina financiera de Angel se hace más intensa, crece la gesticulación ilusionista -- "Nunca matrimonio se había presentado mejor a los ojos del mundo [...] Para el mundo constituían matrimonio feliz y reposado; eran pareja de gran tono, cuya amistad se solicitaba por los que deseaban figurar en el grupo de moda, cuyos saludos se cotizaban en los círculos de *snoobs* y se buscaban como adquisición que enaltece en la feria de las vanidades humanas" (p. 317); "el peso de la horrible comedia caía entero sobre sus espaldas; Angel no solamente no la amaba ya, sino que la odiaba con toda la intensidad de una pasión feroz, tan fuerte como su antiguo cariño" (p. 318). En una polémica sobre el valor del matrimonio Angel es capaz de la hipocresía de defenderlo como espacio de honestidad y sinceridad: "¿De dónde saca usted que todos los matrimonios anden tan mal avenidos? ... ¿de dónde? ... ¿por qué no han de ser

las mujeres virtuosas y los hombres honrados? Estoy hasta aquí ... de mentiras y de calumnias; vivimos perpetuamente desacreditándonos y amargándonos la vida, devorándonos unos a otros como los caníbales ... Esto ya no se puede tolerar ..." (p. 323). Angel lo dice poco antes de conseguir el cianuro de potasa para asesinar a Gabriela.

En la fiesta de Marta Liniers (Cuarta Parte), observando el contacto de Gabriela y Leopoldo Ruiz, Angel contempla las supuestas evidencias de ese amorío fusionándolas con sus deseos de libertad para unirse a Nelly y con el imperativo de asesinar a su esposa: "Veía el amor, asociado a la idea de muerte, como dos ideas que se complementaban mutuamente en el curso natural de las cosas, y ya el valor de la vida humana –de la suya y de la ajena-- iba disminuyendo insensiblemente a su vista, hasta el punto de borrarse. Era instinto de destrucción, necesaria e inevitable, como la solución impuesta por la vida" (p. 340).

En su ensayo crítico, Alejandro Venegas (el Dr. Valdés Cange) afirmó: "dejé demostrado que la crisis moral que hoy nos sacude tuvo origen en un hecho económico, el papel moneda inconvertible, establecido en 1878 por las penurias del erario nacional i mantenido después por las necesidades derivadas de la guerra Perú-boliviana" (p. 32). Esta afirmación liquida la validez histórica del melodrama racial de *Casa grande*.

En 1922 Guillermo Subercaseaux explicó los efectos sociales de la espiral especulativa del papel moneda. Según una práctica aceptada en la banca internacional, para financiar la guerra contra Perú-Bolivia, el Estado de Chile había suspendido la convertibilidad en oro/plata del papel moneda emitido por los bancos privados y la Tesorería de la República. Se prometió restablecerla en un plazo prudente, según su valor original de 24 peniques. La oligarquía exportadora descubrió la conveniencia de prolongar la inconvertibilidad. Podía pagar sus deudas en Chile con pesos que se depreciaban periódicamente por la inflación y al mismo tiempo conservaban el valor de la moneda dura cobrada en el extranjero, depositándola en bancos extranjeros para captar intereses.

Para los productores orientados al mercado interno la convertibilidad podía ser un peligro en cuanto deberían pagar sus deudas en moneda de alto valor. Por la desconfianza pública, por la inflación y la depreciación del peso, grandes capitalistas y el público en general guardaban sus pesos en la expectativa de que el gobierno restableciera la convertibilidad para reparar su respetabilidad financiera internacional. La escasez de dinero circulante reducía los préstamos para los empresarios orientados al mercado nacional. Por esto los gobiernos se veían obligados a promulgar nuevas emisiones, con nuevas promesas de convertibilidad futura a valor alto. Financiarlas obligaba al Estado a vender algo de su patrimonio para establecer un fondo de convertibilidad. Las nuevas emisiones provocaban paroxismos de

especulación cuando los bancos buscaban colocar rápidamente el nuevo circulante. Empresas de dudoso patrimonio entraban al mercado bursátil con astutas campañas de rumores y gran ruido propagandístico.

Las investigaciones de César Ross indican que en las últimas décadas del siglo XIX la banca privada chilena se había convertido en una maquinaria especulativa más que en un dispositivo para financiar préstamos para la productividad. La mayoría de sus réditos provinieron de la captación de fondos privados con excelentes intereses; de grandes depósitos estatales en bancos privados según favoritismos políticos de los gobiernos; la colocación de estos fondos en préstamos a muy corto plazo a individuos y empresas, desintensivando la inversión productiva a largo plazo. Para las oligarquías agropecuarias esta estructura bancaria fue especialmente atractiva. Podían depositar sus ganancias en los bancos con excelentes intereses y obtener préstamos hipotecarios sobre-evaluando dolosamente sus latifundios. Tenían la certidumbre de pagarlos con papel moneda devaluado. Esto exacerbaba los paroxismos especulativos bursátiles con cada emisión de papel moneda inconvertible. Este régimen crediticio fue el que facilitó el sibaritismo suntuario y el cosmopolitismo de fines del siglo XIX y comienzos del XX, creándose entre la oligarquía la ilusión de una prosperidad interminable.

Confrontar estos datos con el relato de *Casa grande* ineludiblemente cuestiona la validez poética de su melodramatismo y aun parte de la historiografía social posterior. En su famoso ensayo de 1910 Alejandro Venegas calificó la decadencia económica y social de Chile como “crisis moral”. Aunque en su influyente *Nuestra inferioridad económica* de 1911, Francisco Antonio Encina funda su discusión en condicionamientos sociológicos sobre la institucionalidad chilena, persiste en hablar de la “crisis moral” del “alma nacional”, “de las hondas desviaciones morales que el alma nacional experimentó durante el último tercio del siglo XIX” (pp. 88; 89; 91; 93). Esta actitud pervive aun en *Chile, un caso de desarrollo frustrado* (1959), obra de Aníbal Pinto Santa Cruz que inaugura el debate contemporáneo sobre el subdesarrollo socio-económico chileno. En ella Pinto busca explicar por qué la oligarquía agropecuaria, a pesar de tener altos réditos, fue incapaz de invertir en el aumento de su productividad, cientifizarla y diversificar la economía chilena en marcha a la industrialización. Pinto coincide con Encina tanto en su nacionalismo como en su racialismo, aunque de manera difusa. De allí que, en la descripción del fracaso oligárquico, en Pinto puedan leerse pasajes como

Resulta conspicua una ausencia de “personalidad nacional” que es algo mucho más profundo y complejo que el amor patrio o las peculiaridades de la

idiosincrasia y que en parte se explica porque el pasado colonial impidió desarrollarla y la “inundación” extranjera fue demasiado violenta para el embrión que comenzaba a madurar con la Independencia (p. 81).

Está por ejemplo, lo que podría llamarse “psicología económica” del latifundista, que sobra señalar que está muy distante de la de un empresario en el sentido moderno de la palabra. Por lo general es un propietario sin empuje ni conocimiento técnico o administrativo, que apenas domina los principios rudimentarios de su gestión. A menudo está divorciado de ella; el ausentismo del dueño, el arriendo de su predio y el goce de una abultada renta de la tierra, son aspectos corrientes en esta realidad (p. 86).

Pierden validez las premisas del Naturalismo literario. La “crisis moral” y económica de Chile no fue consecuencia de un ancestro racial sino de las lógicas y rutinas prácticas de un “sentido común” generalizado por el individualismo de la teoría económica librecambista y la oferta bancaria de la época. El mercado bancario ofrecía a las oligarquías y a las clases medias acomodadas oportunidades de lucro inmediatas, fácil acceso a un consumismo europeizado que las diferenciara en un medio mestizo despreciable, sin necesidad de preocuparse de mejorar métodos técnicos y administrativos para la producción o de las consecuencias de sus decisiones para el resto de la población chilena.

La historiografía muestra que la reproducción de la cultura oligárquica necesitaba converger con los intereses de capitalistas extranjeros para monopolizar el poder político y, más adelante, durante la República Parlamentaria, comprar los servicios de castas políticas de clases medias que tenían la expectativa de compartir su opulencia, sibaritismo y prestigio. Se la describe como una oligarquía experta (*macuca*) en el uso de los mecanismos burocráticos y políticos que asegurarían la supervivencia de su estilo de vida. Este régimen sólo podría mantenerse con el uso sistemático de la violencia de las fuerzas armadas. Pero, a la vez, las castas políticas descuidaron este apoyo militar obstaculizando las leyes de aumento de salarios de las fuerzas armadas, las leyes de fondos de jubilación, interviniendo en los ascensos, desmoralizando, por tanto, a la oficialidad que entendía su oficio como carrera de mérito técnico. Esta problemática llevó al pronunciamiento militar de 1924 que terminó con la República Parlamentaria. La oficialidad del Ejército se negó a seguir perpetrando masacres para sostener el sistema oligárquico.

EL ROTO: La Mirada Horrorizada

En *Casa grande* los destinos de los personajes oligárquicos y la miseria de las clases trabajadoras y el lumpen no se entrecruzan, excepto en el momento en que, desesperado y fuera de sí, una noche Angel Heredia vaga por los barrios marginales más cercanos al centro de Santiago:

Angel sentía que en la obscuridad intensa y en la pobreza que clamaba, como eco de su miseria interior, como voz de paz en el derrumbe de su vida, como si la fraternidad del sufrimiento adivinado y el acercamiento a los humildes le procurasen alivio ... En las callejuelas silenciosas resonaban sus pasos, y al oírlos surgió de repente en su ánimo idea de que pudiesen asaltarle bandidos de los suburbios. [...] ¿Qué se diría si le ultimaban en una callejuela de extramuros, a esas horas? Esto le hizo desandar el camino y volverse apresuradamente (p. 222).

Ese instante destila la percepción oligárquica de las relaciones de clase --los "humildes", seres invisibles, sombras en la noche, quizás sólo compartían con la oligarquía el deseo de un redencionismo cristiano; pero amenazaban el orden social, su prestigio y abolengo. En su estudio sobre las relaciones de clase a fines del siglo XIX, Luis Alberto Romero caracteriza esta percepción como la "mirada horrorizada" --en los márgenes de Santiago se hacían "los pobres", encarnaciones del crimen, la prostitución, la violencia animal, la vagancia, la mendicidad, el vicio, la degeneración moral, epidemias y patologías, mugre, hedores insoportables, caldo de cultivo de la anarquía.

Según Romero, la "mirada horrorizada" se bifurcó en otras miradas hegemónicas. La "mirada calculadora", que veía en los "pobres" la oportunidad de ganancias arrendándoles pocilgas inmundas o pagándoles jornales miserables. También se los podría usar como carneros para votar por algún candidato o como matones para atacar a oponentes políticos. La encíclica *Rerum Novarum* (1891) impulsó la "mirada paternal" que daba por sentado el dominio oligárquico y la sumisión de los "pobres"; buscaba mitigar su miseria afirmando "la reivindicación del derecho del pobre a mendigar y del rico a dar limosna" (p. 179). La "mirada moralizadora", consciente de que, por su origen racial, los "pobres" quizás fueran irredimibles. Favorecía, sin embargo, campañas religiosas y seculares para estabilizarlos transformando sus valores, higienizándolos, convenciéndolos de la necesidad de ahorrar e invertir comprando sus hogares. Como mínimo los "moralizadores" planteaban la intervención estatal para limitar la actividad de las casas de préstamos prendarios con que los "pobres" pagaban borracheras, el juego, los servicios sexuales y las juergas en los prostíbulos. Paralelamente, con el biologismo positivista surgió la "mirada higienista" que propició la

intervención médica estatal para limitar las epidemias que asolaban a los “pobres” y ponían en peligro a toda la población nacional.

En *El roto* Edwards Bello sintetiza todas estas “miradas”, constelándolas, sin embargo, en torno a un solo eje crítico --negar el gran mito nacional de la época, la homogeneidad de la raza chilena y la historia democrática de Chile.

Para Edwards Bello (2008, pp. 37-57) la historia de Chile desde la conquista española resultó en una tajante y permanente división racial –europeos y mestizos. Los mestizos, los rotos, fueron la masa engendrada por los aventureros andaluces y extremeños y las indígenas con que cada uno de ellos se amancebó, masa “inclinada a la obediencia ciega por el sentimiento de su inferioridad y miedo a la crueldad y el rigor de los amos” (p. 42). Más tarde llegaron comerciantes vascos que usufructuaron de la jerarquía social ya establecida y buscaron diferenciarse cuidadosamente de los rotos y explotarlos, reduciéndolos a una miseria inmitigada y permanente. Los vascos se arrogaron rango aristocrático: “La aristocracia despreciaba a esa clase baja, inculta, sucia y sin nociones de templanza. Se separaron más y más de la clase baja, como medida de higiene y moral, porque eran impotentes para atajar los desórdenes y vicios de esa plebe, hija de un abrazo mortal en el campo de batalla. Arauco infestó al español con su intemperancia y éste comunicó al indio vicios y voluptuosidades mediterráneas” (*ibid.*). Otros inmigrantes europeos llegados más tarde se sumaron al racismo de la oligarquía vasca, preocupándose de mantener su diferenciación y la superexplotación de los rotos: “El único afán de esos extranjeros que llegan y de las empresas extranjeras es conservar la masa amorfa y enviciada que sirve a sus intereses y rapiña” (p. 43). “Dos razas homogéneas, consideradas separadamente, y en pugna una con otra; tal es la nación chilena en la actualidad” (p. 47). Para Edwards Bello la historia chilena había sido una prolongada guerra interna.

Esta tesis impone en *El roto* dos premisas narrativas –por una parte debe dar una credibilidad a su racismo; por otra debe demarcar los términos geopolíticos en que se da esa guerra interna.

En cuanto a la primera premisa, Edwards Bello arguye que su novela tuvo “un valor especial de documento” sociológico (xi) en que el escritor conduce al lector en la exploración de un mundo desconocido: “Los cuadros crudos de *El roto*, vienen a ser como esas fotografías de fieras que los turistas toman de noche en plena selva. El autor sorprendió las actividades íntimas del pueblo chileno en su fatal obscuridad, con luz de magnesio” (xi). Esta afirmación tiene consecuencias estructurales para la novela. Por una parte se exponen las paradojas de la omnisciencia narradora –sirve de guía a seres civilizados en una incursión a un mundo de

bestias sumidas en la oscuridad. Para ello la omnisciencia debe a la vez informar, sorprender, horrorizar y divertir. A su sociologismo Edwards Bello agrega un psicologismo cercano al psicoanálisis y a la mitomanía de Mussolini --se arroga la calidad de intérprete del “cosmorama intuitivo del pueblo chileno” (xi). Se trata de un realismo sujeto a tales tensiones que, más bien que de “naturalismo”, podría hablarse de una novela “expresionista”. Por otra, su concepción fotográfica explica la lentitud del relato --se trata de una larga serie de escenas acumuladas para ilustrar el modo de vida del espacio miserable de los rotos, articulando sólo en las páginas finales elementos de una acción no bien esbozada pero resuelta rápidamente.

En su aspecto guerrero el relato demarca geopolíticamente la ciudad de Santiago de Chile. Los sucesos giran en torno a la Estación Central, monumento de la economía liberal a que Chile se integró a fines del siglo XIX. Se releva la gravitación cultural extranjera con la conexión ferroviaria entre Santiago y Valparaíso, puerto desde el que penetró el capitalismo transnacional en Chile --“Un poco de vida de Europa, del ajetreo moderno, ha llegado con el riel desde Valparaíso a la capital amodorrada, catedralicia y apática” (p. 3): “[Valparaíso] La verdadera ciudad semisajona, de los bancos y flamantes almacenes --el puerto-- [...] de gente blanca y rubia y calles limpias” (p. 45) La Estación Central hace de eje en que la Alameda de las Delicias desde el oriente se prolonga en la Avenida Pajaritos en el poniente, conectando las instituciones del Estado y los espacios de la elegancia plutocrática del Centro de Santiago -- mansiones, tiendas, restaurantes, clubes, casinos-- con las zonas rurales del poniente que alimentan la ciudad. La Estación Central y el Centro están conectados por tranvías eléctricos, vehículos que contrastan la elegancia modernista con la miseria abyecta que rodea a la Estación Central.

La pátina de modernidad enmascara un estancamiento de la historia. En las zonas rurales pervive el feudalismo español y se proyecta a todas las relaciones institucionales: “El régimen feudal en que vegetan los campesinos, sin otra influencia moral que la pantomima de las misiones y el egoísmo de sus amos, prepara a esas gentes a mirar con resignación las peores perspectivas. El hacendado típico chileno, personaje híbrido, con palco en la ópera y sillón en la Cámara [=parlamento], no puede ver en la agricultura sino un medio para lucrarse y satisfacer sus necesidades en la capital [=Santiago]; es una máquina para exprimir. No es extraño que el campesino permanezca en condiciones deplorables de ignorancia y miseria” (p. 49).

En torno a la Estación Central, junto con la maestranza dedicada a mantener el equipo ferroviario, surgieron pequeñas manufacturas. Los trabajadores y sus familias se concentraron en tugurios circundantes. A ellos se sumaban campesinos desplazados y

“gañanes” [=trabajadores temporales y transeúntes] según la demanda estacional en la ciudad. Se hacinaron en “conventillos”, casas antiguas arrendadas dividiéndolas en piezas individuales, descritas como establos de hedor animal. Para servirlos y saciar el vicio nacional del alcoholismo, en estos vecindarios se instalaron cantidades de cocinerías, pequeñas tiendas de abasto (“chincheles”), prostíbulos, tabernas en que en el segundo piso se arrendaban camastros para breves encuentros sexuales, “con letreros llamativos en la fachada, empieza la tragedia de la mugre, del desorden y la miseria tapada con cemento y estucos” (p. 4); “Pasa por ahí hedionda asequia sobre la cual volotean nubes de mosquitos; por las noches corren en sus bordes esas ratas imponentes que llaman pericotes y que hacen frente a los gatos del barrio” (p. 8).

El espacio de “los rotos” tiene apariencias de ghetto.

El prostíbulo *La Gloria* –foco espacial de la novela-- es representado como un establo de entes no humanos: “La clientela de *La Gloria* está formada en su mayoría por ese mundo que vive como las ratas, en los escondrijos y subterráneos sociales; gente que se muestra a la luz de las calles decentes en los días de catástrofes o revueltas; residuos del mundo inorgánico que flota por los arrabales de las poblaciones” (p. 20). Se hace énfasis en los caracteres raciales indígenas de quienes trabajan o viven allí.

Son entes bestiales; carecen de la expresividad de seres humanos; carecen del lenguaje para discernir los matices más simples de sus emociones y dar coherencia a su pensamiento. Buena parte del día las mujeres duermen la borrachera de la noche anterior para empezar otra con los clientes a partir de las nueve de la noche. Las borracheras son brevemente interrumpidas por clientes que salen del prostíbulo para saldar una disputa a cuchillazos y luego volver a la orgía dejando afuera un cadáver destripado. Es un establo de hembras que salen de *La Gloria* sólo una vez al año para un paseo a un hipódromo organizado por la regenta del prostíbulo. No conciben otra alternativa de vida. Son la prolongación la historia española inaugurada en América: “Soportaban sin emoción la caída como soportarían en adelante los golpes y ultrajes, sin inmutarse, con el fatalismo indígena, hijo de la guerra apasionada de la conquista, la semiesclavitud de las encomiendas, los terremotos, inundaciones y saqueos. En sus rasgos llevaban impresa la historia violenta de conquista y sumisión” (p. 10). La sumisión histórica es el núcleo de la cueca, el baile nacional chileno, con que las putas azuzan la sexualidad de sus clientes: “La cueca es una alegoría sexual y sanguinaria de la fusión guerrera de dos razas. Por eso se siente resonar el tambor de Castilla y el chivateo de Arauco; es la constante persecución del europeo a la india, que en la última figura de la danza se entrega bajando los ojos, simulando hasta el último una resistencia

desganada y silvestre {...} América está siempre ávida de Adanes blancos” (p. 59).

Aún más que en *Casa grande*, los sucesos que llevan al final catastrófico son enmarcados en ritmos uranios insanos que se inician una primavera y terminan un invierno. Las estaciones tienen una secuencia incierta. Más bien indican que el fin fatídico de los sucesos es inexorable como los ciclos uranios. A comienzos del relato, en primavera, Esmeraldo, por ejemplo, “cuando la vida cantaba su renovación, se le declaró una fiebre cerebral [...] En el prostíbulo se decía con indiferencia que [...] estaba poseído” (p. 16). Llegado un verano “el hedor de la miseria se hacía insoportable; ahí olía a comidas rancias, a enfermo, a despensa abandonada” (p. 76); “El espectáculo no era seductor: dos tablas del techo se habían desprendido y amenazaban caer, mostrando una apertura negra de la cual colgaban asquerosos filamentos. En las sábanas [...] se veían esas manchitas de sangre oscura que dejan las chinches aplastadas, o los regueros rojos, intermitentes, de las pulgas, que después de chupar se retiran a sus escondites zigzagueando como ebrias” (p. 77). Laura, puta tuberculosa, muere ese verano y su cuerpo comienza a descomponerse en el prostíbulo: “Ese velorio de sebo, cuya disolución el verano activaba, era el epílogo inevitable de esas vidas. Increíble hubiese parecido a cualquiera persona, menos a un roto, que esa zahurda exigua como ratonera, maloliente, húmeda en invierno, hirviente en verano, fuese habitada por un ser humano” (p. 111); “El hedor del cadáver se mezclaba con el vaho del sebo y las moscas que se posaban sin miedo en esa carne extática” (p. 114). A fines de ese verano coinciden el terremoto y el asesinato de Sebastián Martí.

En un extraño congelamiento histórico, *El roto* propone que, después de un siglo de independencia política, la historia de Chile ha quedado paralizada por un inconsciente colectivo en que, a pesar de portar máscaras sociales de diferentes períodos, los seres humanos realmente repiten esquemas de conducta colectiva iniciados y mantenidos desde el trauma originario de la conquista española.

Este esquema mítico identifica la función general de los personajes. Las prostitutas son el detrito humano remanente y permanente de la conquista española. Pandilleros como Esmeraldo, el *Pata de Jaiva*, el *Pucho*, el *Harnero* quedan asociados con el “chivateo” araucano --la protesta y resistencia de individuos dispersos, incapaces de organizarse contra la institucionalidad existente, excepto en los microprocesos políticamente irrelevantes de una criminalidad oportunista, de monto minúsculo y sin racionalidad más allá del instinto de supervivencia. Estas micromafias ineficientes quedan contrastadas con la macromafia que sostiene la pervivencia subliminal y de hecho del sistema colonial -el parlamentario liberal Pantaleón Madroño que se financia con un garito en alianza con el Jefe de la Sección de

Seguridad de la policía, con intereses en los prostíbulos miserables de la Estación Central. En el trasfondo está el Arzobispado de Santiago como la principal empresa arrendadora de los cuchitriles que rodean la Estación Central.

Estos mestizos aindiados muestran dos actitudes ante el poder. En sus vagabundeos criminales, Esmeraldo, adolescente pandillero asociado con *La Gloria*, goza de una libertad que no tienen las prostitutas enclaustradas. Quiere conservar este modo de vida a pesar de sus miserias, junto con una perversa admiración de la Modernidad simbolizada por el ferrocarril: “A pesar de la atracción malsana que en él ejercía la calle, la Estación era siempre su centro, vórtice de sus ideales en gestación, astro de su niñez. Sentía latir ese corazón de su barrio como si lo llevara en sí mismo. La tendencia viciosa que le llamaba a curiosear por esos contornos se iba, en cuanto consideraba la potencia del vapor que subía en resoplidos hacia la elevada techumbre entrecruzada de por potentes lingotes negros de hollín [de la Estación]” (p. 34).

Por el contrario, Fernando, individuo de más de un alias, que ha buscado fortuna vagando por varios países, quiere integrarse al poder y escalar posiciones usando esa experiencia. Sirve de administrador y matón en el garito del parlamentario Madroño; dirige las agresiones y los asesinatos contra los oponentes políticos de su patrón. Fernando es una forma de clase media aspirante al ascenso social. Pero es una persona desechable para los intereses del parlamentario y del Jefe de Seguridad. La gran oportunidad de Fernando llega cuando el Jefe de Seguridad le encarga organizar una partida para destruir un garito competidor. Fernando parece haber alcanzado la mayor confianza de sus mandantes. Sin embargo, en la administración del garito sufre fuertes pérdidas que favorecen a Sebastián Martí, joven de familia de alcurnia que gusta de codearse con los elementos más bajos de la sociedad. El *Pucho*, criminal del barrio de *La Gloria* --también habitué del garito-- lo odia y decide asesinarlo. A nombre de Carmen, hermana del *Pata de Jaiva* con quien Martí tenía un amorío, le escribe al joven citándolo una noche al barrio Estación Central demandando dinero para acallar el escándalo de su preñez. El *Pata de Jaiva* se encargaría de asesinarlo. Sin embargo, Carmen defiende a Martí violentamente. El *Pucho* mismo se ve obligado a matarlo.

Se trata de un crimen de importancia ínfima, cometido por un ser anónimo. Pero toma trascendencia nacional sólo porque afecta a una familia oligárquica que reacciona para proteger su prestigio. La prensa exige que se encuentre y castigue al culpable. La policía arresta al *Pata de Jaiva*. Pero Madroño y el Jefe de Seguridad aprovechan la ocasión para deshacerse de Fernando culpándolo del asesinato, en especial porque había tratado de denunciar a la prensa los crímenes económicos y políticos de Madroño.

De aquí en adelante la narración pierde la racionalidad teleológica que había mantenido. Súbitamente el foco narrativo se traslada a Esmeraldo, quien no había tenido un rol protagónico. Luego de que la policía detuviera al *Pata de Jaiva* por el asesinato de Sebastián Martí, sorprendentemente Esmeraldo se declara culpable del crimen. Lux, periodista progresista, reformador, redentor, trata de corregir el tema en discusión. Para él la atención pública debía concentrarse en la naturaleza de un orden social que promovía la concentración de masas humanas en barrios de miseria, insalubridad y criminalidad extremas. De aquí que Lux llegue a la rápida conclusión de que Esmeraldo no es el asesino, a pesar de que a nadie le interesa tener datos corroborables y fehacientes de lo ocurrido, excepto la certidumbre y el escándalo de que alguien de alcurnia ha sido asesinado.

Durante siete meses de prisión Esmeraldo es brutalmente torturado. Lux logra excarcelarlo y lo lleva a vivir con él. Durante su convivencia Lux llega a temer de él. La añoranza por su libertad en el barrio Estación Central provoca al muchacho fiebres, pesadillas y desvaríos. Finalmente escapa y Lux no hace nada por detenerlo. En el atardecer Esmeraldo encuentra que su barrio ha sido demolido. Meses antes un edicto municipal había respondido a la indignación de la gente bien por la criminalidad del sector. El Arzobispado había aprovechado para deshacerse de propiedades que ponían en entredicho la ética eclesiástica. Las propiedades son adquiridas por grandes empresas que necesitan instalaciones en la vecindad de la gran estación ferrocarrilera.

La escena final es de arbitrariedad melodramática. Luego de una larga descripción lírica del impacto emocional en Esmeraldo de la demolición de su habitat, por razones no explicadas, súbitamente aparece una partida de policías encabezada por el Jefe de Seguridad que llega a capturar al muchacho. Este logra escapar a riesgo de ser atropellado por un tren. Pero, antes de desaparecer en la noche, Esmeraldo degolla a uno de sus perseguidores. Este resulta ser Lux, su frustrado redentor.

El asesinato de Lux es la clave retrospectiva del relato. Sugiere que las relaciones entre las clases medias reformistas y los rotos no tienen sentido; están entregadas al azar. Se trata de un nihilismo que niega la racionalidad de la política, de las negociaciones y conflictos que dan sentido y cambio a la historia.

En la actualidad ya no tiene sentido rotular *El roto* como “novela criollista”. El término “criollismo” fue acuñado por el nacionalismo de comienzos del siglo XX para estabilizar una temática artística que explorara la psicología social chilena luego del primer siglo de independencia, en medio de las dislocaciones sociales acarreadas por la política económica liberal. Fue una iniciativa política que el positivismo de la época impulsó a la crítica literaria a

la tarea de captar la supuesta identidad esencial de las naciones americanas –concepto de ahistoricismo inmutable-- en la habilitación de territorios bravíos para la vida humana “civilizada”. Se caracterizó esta tarea como una empresa épica en que, además, se agregó un sentimentalismo por la belleza del terruño y la majestad monumental de la naturaleza americana (Latcham, Montenegro, Vega, Latorre).

Esto no podía sino ofuscar la intención política inicial de los nacionalistas, ofuscación evidente en el comentario de Omer Emeth sobre la recién aparecida novela de Edwards Bello en 1920. Aunque alude a la “injusticia social”, Emeth más bien desvía su discusión a tipificar la esencia espiritual y existencial del roto chileno: “Roto es uno de esos vocablos que, a fuerza de uso cotidiano, pierden, como las monedas en el mucho circular, gran parte de su peso y valor. ¿Quién es 'roto'?, o, más exactamente, ¿quién no es roto?” (p. 160). Así como en la época se polemizaba sobre el valor del papel moneda, Emeth trata de rescatar el valor del vocablo llegando a conclusiones tales como: “... un primer elemento de definición: para ser roto es menester criarse 'peligrosamente' (como decía Nietzsche), y vencer el peligro. La fuerza física obtenida desde la infancia por una victoria en el 'combate por la vida', he ahí su cualidad fundamental de donde se derivan las demás” (p. 162); “Al elemento físico de la definición que buscamos (es decir, a la fuerza, al vigor, a la resistencia), podemos ya añadir un elemento moral: la sed de aventuras, rodar, rodar” (*Ibid.*); “... ya llegado a cierto grado de educación práctica, adviértese [en el roto], ante todo, una indiferencia, mejor diríamos, un escepticismo moral completo” (p. 163).

Hay otra irracionalidad en el proyecto crítico “criollismo” --el rótulo cubre tal diversidad temática que se incapacita para dar cuenta de los sentidos socio-políticos más puntuales, evidentes y obvios de textos como *Casa grande* y *El roto*. La novela de Edwards Bello de hecho intenta perfilar el carácter y la situación sociológica del *proletariado* urbano en Santiago. No obstante, Edwards Bello prefiere reemplazar el concepto proletariado --ya usado en la época-- por el ícono folclórico *roto*, eligiendo a los sectores más degradados del lumpen como seres representativos.

LA SANGRE Y LA ESPERANZA: Retorno a la Razón Histórica

Históricamente, sin embargo, la identidad proletaria como agencia organizada e independiente se había estado perfilando públicamente desde 1862 (Garcés Durán). Ese año se fundó la Sociedad Unión de Artesanos, sociedad de socorros mutuos independiente de los partidos políticos, formada por artesanos y dueños de talleres. La Unión entregó asistencia que el Estado no proveía o que estaba entregada a la caridad --ayuda económica a miembros

desempleados o enfermos; servicios médicos y medicamentos baratos; caja de ahorros, especialmente para comprar casas familiares; apoyo económico y moral en casos de muerte y funerales; escuelas nocturnas; escuelas de capacitación laboral; educación de higiene y anti-alcoholismo; actividades culturales y entretenimiento; asambleas para la discusión de problemas sociales y políticos; edición de periódicos. Hacia 1900 existían 249 sociedades mutuales con 10.000 miembros que se federaron en el Congreso Social Obrero.

La importación de manufacturas y el desarrollo del capitalismo en la minería, la industria y el transporte ferrocarrilero redujeron drásticamente al artesanado, los que se reubicaron como obreros. Desde la década de 1890 surgieron sociedades masculinas y femeninas de obreros agrupados según su residencia y su oficio en la industria, la minería, el transporte, la construcción y los servicios –por ejemplo, estibadores, lancheros, pescadores, mecánicos, panaderos, zapateros, carpinteros, albañiles, lavanderas, planchadoras de ropa, costureras. Se llamaron mancomunales. El anarco-sindicalismo buscó influir sobre las mancomunales para convertirlas en “sociedades de resistencia” y practicar la “acción directa” --el enfrentamiento de las mancomunales con sus empleadores en la demanda de mejores salarios, horarios y condiciones de trabajo sin la mediación del Estado o de los partidos políticos.

La huelga era usada estratégicamente, en los puntos claves del capitalismo chileno --las minas, los puertos principales de importación-exportación y el transporte. El anarco-sindicalismo creó grupos de choque para defenderse de ataques policiales, de las “guardias blancas” (= grupos armados de gente bien) y de las fuerzas armadas. Entre 1890 y 1904 se registraron 83 huelgas de importancia; entre 1905 y 1907 se registraron 65. Las más violentas fueron la huelga marítima de Valparaíso en abril de 1903 (marineros mercantes, estibadores, lancheros, trabajadores de aduana) que paralizó varios días el principal puerto chileno; la de octubre de 1905, en Santiago, contra el impuesto de importación de carne argentina que encarecería aún más los precios de los alimentos en las constantes espirales inflacionarias; la de diciembre de 1907 en las oficinas salitreras de Tarapacá y los puertos de Iquique y Tocopilla. Los enfrentamientos con la policía y las fuerzas armadas dejaron saldos respectivos de un centenar de muertos y 600 heridos; alrededor de 250 muertos y 500 heridos; cerca de mil muertos y 350 heridos. Aunque la frecuencia de las huelgas ya indicaba el surgimiento de la clase obrera como agencia social, el Estado oligárquico no la reconocía y recurría sólo a la violencia ante sus demandas.

Desde fines del siglo XIX las organizaciones obreras se agruparon en federaciones mayores, culminando con la Federación Obrera de Chile (FOCH) en 1909. Las organizaciones

anarquistas se separaron de la FOCH y formaron una filial chilena de la International Workers of the World (IWW) estadounidense.

La disparidad doctrinaria de los mutualistas y los socialistas revolucionarios planteó la necesidad de alguna forma de partido político exclusivamente dedicado a los intereses proletarios, tanto para incidir en el sistema político existente como para strategizar posibles transiciones revolucionarias al socialismo. En 1912 se fundó el Partido Obrero Socialista (POS). Militantes del POS ocuparon la directiva de la FOCH. En su III Congreso de 1922 el POS decidió ingresar a la III Internacional Comunista fundada en 1919, convirtiéndose en Partido Comunista de Chile (PCCH).

Desde la Primera Guerra Mundial el mercado internacional del salitre se desestabilizó por la pérdida de los mercados de Europa central y la invención del nitrato sintético en Alemania. Las contracciones periódicas del mercado provocaron la caída del precio del mineral. Los consorcios productores en Chile se asociaron en “combinaciones” para reducir el volumen de producción, elevar los precios, devaluar la producción de los obreros, sus condiciones de vida en los campamentos mineros y aumentar el costo de los alimentos cuya distribución monopolizaban en las oficinas salitreras. Con el desempleo comenzaron grandes migraciones de trabajadores y de sus familias desde el norte salitrero a las ciudades, especialmente Santiago. La autoridad los hacinó en “albergues” que hicieron de campos de concentración para alimentarlos, despiojarlos, higienizarlos, controlar epidemias y la criminalidad. Paradójicamente, concentrar a masas desesperadas aumentó la criminalidad. Aumentaron las masacres en las protestas y los asaltos contra locales de la FOCH y otras organizaciones de obreros. Las masacres más notorias ocurrieron en diferentes partes de Chile en 1921, 1922, 1925, 1934, 1935. Nicomedes Guzmán integra en su novela la masacre de 1922 ante el monumento de Bernardo O'Higgins, el “padre de la patria”.

Enrique Quilodrán, voz narradora de *La sangre y la esperanza*, sitúa su relato en los “vigorosos días del año veinte. O del veintiuno. O del veintidós” (p. 20), época de la fundación del PCCH. Dice que son años “vigorosos” en cuanto narra el afianzamiento de una conciencia proletaria para la acción sindical y política. El relato se concentra en la familia de Guillermo Quilodrán, su esposa Laura, sus hijas Elena, de unos dieciocho años, Martina, de unos seis años, y Enrique de ocho; en el primer año del relato nace Adrianita que muere a los pocos meses. En torno a ellos se presenta un grupo selecto de trabajadores del sindicato de la Compañía Eléctrica de tranvías, en que Guillermo es dirigente. El sindicato está federado en la FOCH. En el trasfondo está la influencia del PCCH, de quien Guillermo es militante. Queda implícito en la geografía del relato que el sindicato tranviario tiene gravitación geopolítica en

cuanto sus huelgas podían paralizar a toda la ciudad de Santiago. Esto lo hace objeto especial de la represión estatal.

La tesis fundamental de *La sangre y la esperanza* responde al materialismo histórico en la versión leninista de la década de 1940. Postula que la conciencia histórica de los seres humanos resulta de una evolución de la materia que, a través de las generaciones, en su acción y trabajo concertado e institucionalizado, a la vez se autotransforman individual y colectivamente, superando los condicionamientos sociales y naturales que más limitan y degradan sus potenciales. A partir de la experiencia existencial más inmediata, esta propuesta estética se proyecta a aspiraciones e ideales más abstractos como la formación de una institucionalidad sindical verdaderamente representativa del proletariado, en que el Estado reconozca al proletariado comunista como interlocutor válido y que, en algún momento, éste sea capaz de movilizar a la población hacia la revolución socialista.

Es de importancia notar que el apellido del narrador, Quilodrán, es nombre indígena mapuche. Enrique pertenece a una familia de mestizos. En la mitología criollista de escritores como Edwards Bello su historia no sería sino la pasiva prolongación de la conquista española en el presente.

Comparándola con la novela de Edwards Bello, la de Guzmán repite el motivo de la miseria espacial –los trabajadores viven en conventillos infestados por insectos y ratas; con pocos baños y servicio de agua corriente; familias hacinadas en una habitación pequeña; prostíbulos funcionando entre estas habitaciones; inquilinos que defecan y orinan en los pasillos; vagos que duermen bajo las escalas junto con perros pulguientos y garrapatosos; albergues de trabajadores del salitre desocupados, hambreados y enfermos; barriales durante el invierno; un canal cercano de aguas servidas en que flota todo tipo de basura y excrementos, en que con frecuencia se ahogan personas y se suicidan.

Enrique Quilodrán narra su humanización discerniendo gradualmente el sentido de la existencia a través de cuatro niveles metafóricos superpuestos y entremezclados en su lógica, cada uno de ellos complementando y superando a los otros. Como en las dos novelas antes examinadas, el nivel más básico apunta al significado de los ciclos uranios --la narración comienza un verano y termina un otoño dos años más tarde. El segundo nivel responde a las precoces urgencias sexuales de Enrique. El tercer nivel implica la disciplina sexual necesaria para formar familias en que, en medio de la miseria abyecta, se cultive el amor, la generosidad, la solidaridad y el compromiso moral y político con los desposeídos. El espíritu de disciplina incide en el cuarto nivel, las acciones sindicales que toman aspecto a la vez de festivales familiares y públicos de solidaridad y de ritos sacrificiales en nombre de la

solidaridad.

Estos niveles metafóricos son expuestos en tres partes --"El Coro de los Perros", sección que privilegia la figura paterna; "Las Campanas y los Pinos", en que se magnifica la figura materna; "Suceden Días Rojos", en que emerge Enrique como representante de una nueva generación de trabajadores, capaces de filosofar existencialmente su identidad de clase. Cada parte consta de capítulos con subdivisiones numeradas de escenas correspondientes a los diferentes niveles indicados, dispuestas en contrapunto. La unidad de este mosaico está en las reacciones de Enrique ante cada suceso y las enseñanzas que acumula y sintetiza al final del relato. Aunque Enrique no siempre recapitula estas enseñanzas, se entiende su relevancia considerándose el materialismo histórico de la tesis central del relato. Las relaciones entre este mosaico de escenas y las reacciones emocionales no siempre verbalizadas por Enrique es lo que hace de *La sangre y la esperanza* una novela de gran complejidad.

Enrique Quilodrán inicia el relato instalado en un presente indefinido de desaliento en que, para personas como él, "el juego de los años maduros se pudrió en la apatía y el desaliento. ¿Falta de fe? Yo meditaré algún día sobre esto" (p. 20). Desde allí su recuerdo traza un círculo a la niñez de sus ocho años como "ablución" purificadora del presente desvitalizado: "en el tibio recuerdo, en clara añoranza y en la luminosa realidad de aquellos años, en los que, si cabían miserias, rudezas y dolores, casi no los sentíamos, porque ahí estaban los mayores para sufrir y luchar por nosotros" (p. 20). Enrique habla de retornar al "país de la infancia" en que "los chiquillos de aquella época, éramos el tiempo en eterno juego, burlando esa vida que, de miserable, se hacía heroica" (p. 19); "La vida nos zamarreó a todos. Cuál más. Cuál menos. Pero, [...] en la infancia salimos triunfantes" (p. 20); "Hoy pienso en lo que habría valido la vida para muchos de nosotros si, de mayores, hubiéramos confiado a los brazos del esfuerzo la realización de nuestras aspiraciones" (*Ibid.*).

La niñez era "el tiempo. El recio tiempo del despertar de nuestros padres, del despertar de nuestros hermanos" (*Ibid.*). Despertar implica llegar a un entendimiento realista de la derelicción de la existencia que reconozca y recupere la humanidad de seres en peligro de ser animalizados por la miseria abyecta: "Era la vida. Era su rudeza" (p. 19). Entender "la vida" equivale a despejar gradualmente una "bruma", una "niebla", motivo que emerge a mediados de la Primera Parte (capítulo III) con ocasión del despertar sexual de Enrique. Desde allí recurre a través del resto del relato: "sentí que definitivamente algo que ya no pertenecía al mundo de mi infancia comenzaba a animarme furiosos perros de bruma. Hechos y conversaciones de los mayores que para mí habían sido como cuchillos de muchos filos, asociados a no pocos recuerdos inolvidables, parecieron organizarse en aquel día de otoño, en

que la niebla era la amiga íntima de las cosas, para aventurarme en un paso hacia una verdad que mi precocidad ya requería” (p. 62).

En los otoños e inviernos la humedad, la bruma y la niebla, las lluvias, las nieves se concentran en la viscosidad del barro del canal, del conventillo y de las calles. La materia acuosa es una especie de magma primordial del que surge la vitalidad sexual: “Hundiendo hasta la mitad los zapatos en el barro, franquéé la calle hasta la otra acera. Había recordado el musgo que crecía al pie de los heroicos pinos trillizos y encima de cuya verde suavidad creo que el instinto ejercitó mis manos para tanta caricia que la ternura de alguna carne morena o blanca había de animar en mis días del futuro” (p. 169).

La sexualidad -segundo nivel metafórico-- aparece difusamente, despertando en Enrique actitudes éticas positivas para la solidaridad. Pero también hay ambigüedad. Enrique experimenta tanto la arbitrariedad punitiva de las normas morales cotidianas como la sordidez y violencia en que se manifiesta la sexualidad en seres humanos de origen animal, animalizados aún más por la miseria y la falta de higiene. Por delación de una vecina, su cariño inocente por Angélica le acarrea una paliza (cap. I); Antonieta, muchacha promiscua, hija de Rita, de rígida y represiva moral católica, es violada dos veces (caps. III; VI); Sergio Llanos, el Turnio, compañero de escuela de Enrique, asesina a la puta del prostíbulo de su madre por haberlo infectado con chancro (caps. IV; VI; VIII); con la promesa de mendrugos de pan, Enrique es cruel y prepotente con Leontina, exigiénddole que lo masturbe (II, caps. V; VIII); por su pasión por el sacerdote Carmelo, ña Paremé, anciana mentalmente inestable y prestamista usuraria, intenta suicidarse en la inmundicia del canal (II, cap. I); en cama con su hermana Elena, Enrique se estimula sexualmente con ella.

Por una parte la materia acuosa y la sexualidad se conectan con el nivel familiar porque Enrique asocia las figuras paterna y materna con los árboles y el musgo. En cuanto al padre, Enrique dice: “No sé por qué me imaginaba que sus brazos gesticulantes eran las ramas de un robusto árbol, cargadas de hermosos frutos” (p. 24). El musgo es el verde y las lágrimas de los ojos de Laura, la madre que sufre por su familia y por sus vecinos necesitados: “Pienso en ese musgo y tengo la sensación de una verde y llorosa suavidad [...] Pero es que los ojos de madre, como todas las verdaderas madres, afincaron en mis días de infancia tantas finas raíces de luz, que no puedo por menos que exaltar el recuerdo ...” (p. 147). Por otra parte, se hace patente el contraste de la disciplina moral de la familia Quilodrán con la animalidad de vecinos inmediatos, parejas alcohólicas y violentísimas en sus relaciones domésticas. Luego de que ha presenciado las consecuencias de la sexualidad de Antonieta, Leontina y las prostitutas de su conventillo, Enrique tiene dificultades para entender el valor de la preñez de su madre con

Adrianita y el de su hermana Elena, preñada por Abel Justiniano, poeta y agitador clandestino del PCCH.

La acción sindical unifica los niveles metafóricos acumulados y los sintetiza en una conclusión unitaria. La animalidad material y las ambigüedades sexuales en la familia son superadas por el despertar de Enrique a la conciencia de ser trabajador.

Desde el primer capítulo de la Primera Parte, “El Coro de los Perros”, las mujeres de la familia Quilodrán están preocupadas por la seguridad del padre en el momento en que se inicia una huelga de los trabajadores tranviarios. De allí en adelante se preocupan por los riesgos de su actividad como dirigente y orador sindical (I, cap. I). A través del relato Guillermo debe contrapesar su preocupación por el bienestar y seguridad de la familia y su compromiso por la lucha sindical. Esto causa buena parte de los sufrimientos de Laura, su esposa. Pero a la vez Guillermo proyecta la cercanía familiar a la acción sindical y, en última instancia, a la nacionalidad chilena como utopía socialista. La amistad de Guillermo con Bernabé, también trabajador tranviario y militante comunista, encargado del conventillo en que viven, es tan cercana que Enrique lo llama “tío”. Guillermo y Bernabé llevan a sus hijos a las protestas de trabajadores como si fueran a un festival comunitario: “Los gritos y los vivas ardían en el aire. Y un entusiasmo loco iba apoderándose del ánimo de los trabajadores tranviarios [...] Aquello cobraba alma. Y esta alma dominaba sobre esa humanidad, flameando como una emocionada bandera” (p. 23); “A mí me parecía que todo aquello era la celebración del dieciocho de septiembre [= día nacional de Chile] por la profusión de banderas que se veían en las lanzas” (p. 25) del piquete de soldados de caballería enviado a disolver la protesta.

La muerte del padre de Zorobabel, amigo de Enrique, en la huelga es la que introduce el aspecto sacrificial de la acción sindical. En el Coliseo Tranviario sus compañeros organizaron un homenaje a los cinco o seis obreros muertos en el enfrentamiento con los soldados. El Coliseo es, además, el albergue en que se ha concentrado una masa de trabajadores salitreros desempleados. La muerte del padre de Zorobabel es lo que lleva a Enrique a expresar su cariño por Angélica y a recibir el castigo por la delación equivocada de la vecina. Enrique observa que, ante las circunstancias, súbitamente el niño Zorobabel se transfigura en trabajador para compensar el salario de su padre. A sus ojos, esto lo exalta: “Fue desde entonces que se endureció la vida para Zorobabel. Era una dureza que él no sentía, porque – un día me lo confesó-- se hizo el propósito de amarla como fuera, en memoria de su padre; ¡amar esa vida y sus sacrificios con el mismo corazón cordial que el viejo había tenido siempre abierto para ella! (pp. 32-33). Enrique observa que la nueva actitud de Zorobabel se convierte

en un “misticismo por el esfuerzo” que oscurece el reconocimiento de la derelicción de la existencia en la miseria circundante. La madre de Zorobabel, que desde hacía tiempo engañaba al padre, termina por alcoholizarse con su amante. En el sopor y las babas de una borrachera, el amante viola a la pequeña Angélica.

La transfiguración del niño Zorobabel en trabajador y su monumentalización de la memoria del padre por sobre las miserias de su familia es la enseñanza existencial más importante para Enrique. En su intenso realismo Enrique no sufrirá las ofuscaciones de Zorobabel en la idealización del padre como individuo. Zorobabel parece un proyecto de vida incorrecto. De allí, tal vez, el sinsentido de su muerte en el aserradero.

Meses más tarde la sordidez de estos episodios es superada momentáneamente por la celebración del 1º de mayo, la Fiesta del Trabajo. Guillermo daría un discurso en la manifestación. En el entusiasmo de los preparativos, él, Laura y sus hijos muestran la intimidad de su cariño. De hecho, ese día celebra la concertación de esfuerzos reivindicatorios de individuos, familias, sindicatos y comunidad de desposeídos. Es Guillermo quien verbaliza la unidad de la experiencia familiar con la sindical: “un hombre tiene que ser feliz cuando ve que la lucha consciente por un hogar, por una mujer y por unos hijos, con un aliento como el que una mujer como tú puede dar, también encuentra frutos, si se amplía al campo social, a lo colectivo ...” (p. 91); “Yo no sé definir la felicidad. Acaso sea como luz, o como caricia, o como mirada ... ¡Pero, carajo, me siento feliz! Los obreros nos estamos mostrando fuertes, si de veras nos unimos, estamos creándonos una conciencia ...” (p. 90). Para Enrique exaltar el Día del Trabajo como la celebración de seres enmiseriados que rehabilitan su humanidad equivale a exaltar la figura del padre: “Mi padre era en aquel instante lo mismo que un árbol muy frondoso, hablando como un humano, hablando como deben hablar los humanos” (p. 80). La validez del nexo familia-acción sindical es acentuada cuando Guillermo sufre una neumonía; es incapaz de trabajar, es hospitalizado y el sindicato subsidia a la familia como una especie de familia mayor (II, caps. III-IV).

El ámbito familiar se amplía a un comunitarismo misionero en que se disuelven diferencias ideológicas en el servicio generoso a los desposeídos, como ocurre con la amistad de Guillermo y el tío Bernabé con el Dr. Rivas, posiblemente un francmasón, y el padre Carmelo, sacerdote católico (I, cap. I). Estos son capaces de festejar el Día del Trabajo con las familias de sus amigos comunistas (I, cap. V).

La narración concluye con una gran huelga organizada por la FOCH en que participan sindicatos fundamentales para la vida diaria. Si los trabajadores tranviarios participaban, paralizarían la ciudad de Santiago. La acción terminaría con una protesta masiva frente a La

Moneda, el palacio de gobierno, y ante la estatua de Bernardo O'Higgins, "padre de la patria". En la pieza de la familia Quilodrán, en el conventillo, el directorio del sindicato de tranviarios toma la decisión de participar en la huelga. Testigo de las discusiones, esa noche Enrique tiene una pesadilla que ilumina el sentido de la tesis histórico-materialista fundamental del relato – la materia que, en su evolución, culmina en la conciencia libertaria del proletariado.

En la pesadilla Enrique se imagina como un perro adolorido, acompañado por su madre transfigurada, como él mismo, en una presencia a la vez animal y humana y luego como calavera: "Blanco el pelo. Blancos los colmillos de lobo [...] Estaba extática, irreconocible [...] Sí, mi madre. O la angustia de mi madre. O el alma trágica de mi pobre madre [...] con risa de lobo o vegetal, risa de árboles asesinados" (p. 285); "Y habría estallado si no logro, al fin, aullar, como un presidiario a quien flagelaran" (p. 286). Ante la visión Enrique se orina y escucha que su orina resuena en las tablas del piso. Lo aterroriza también su hermana Elena, quien duerme en una cama cercana "como una bestia dando a luz sus húmedas bestezuelas" (p. 285).

En la pesadilla Enrique intuye la horrible derelicción del ser humano, ente surgido azarosamente de la materia viviente e impulsado por la sexualidad a reproducirse con terribles contradicciones éticas. La existencia aparece como condena arbitraria a la incertidumbre, la soledad, la vulnerabilidad: "Todo estaba oscuro. Lleno de una oscuridad pesada de calabozo. Traté de verme las manos. No pude. Eran como la sombra misma. Tuve miedo. Y me parecía no existir. Me sentía terriblemente solo. Dolorosamente solo" (p. 284).

El sentimiento de derelicción es ambiguamente superado y a la vez confirmado por el triunfo de la FOCH en la gran huelga: "¡La verdad es que el pueblo parece no necesitar sino de buenos dirigentes que pongan su esfuerzo al servicio de la unidad [...] --¡Es cierto compadre, el pueblo triunfará solo ... ; ¡No tenemos más que defender nuestras organizaciones y afirmar bien los estribos!" (pp. 297-298). Este triunfalismo se funde con el espíritu familiar y festivalero de la comunidad. A pesar del desacuerdo de su esposa, Guillermo lleva a Enrique a la celebración ante la estatua de O'Higgins. Allí el ejército y la policía perpetran una masacre. Abel Justiniano, el amante de Elena, es asesinado mientras da un discurso ante la estatua. Guillermo es golpeado duramente. El Dr. Rivas diagnostica que los golpes, las secuelas de la neumonía y el exceso de trabajo por su actividad sindical han debilitado a Guillermo de tal manera que debería guardar un largo reposo, sin trabajar. La autoridad paterna ya no podría asegurar el bienestar y la continuidad de la familia. Como ocurre con otras familias del conventillo, la miseria la dispersaría a los Quilodrán.

El capítulo final de la novela soluciona la unidad del mosaico narrativo y la continuidad

de la familia Quilodrán con un rápido giro melodramático. Súbitamente, Guillermo acalla sus reparos proletaristas contra la intelectualidad de clase media y con magnanimidad patriarcal legitima la preñez de Elena como madre soltera, aun en contra de los tapujos éticos tradicionalistas de Laura (el “qué dirán”): “¡Hiciste mal, muy mal! ¡Pero te has portado como una mujer, ahora sobre todo! ¡No te creía tan mujer, hija! ... ¡Mereces ese hijo!” (p. 311).

Por su parte, Enrique secretamente falta a la escuela para emplearse como obrero de diez años de edad en una fundición de metales. Quiere compensar la pérdida del salario del padre. La entrega a su madre de su primer salario lo consagra ritualmente como ente de iniciativa independiente, como trabajador, como padre de familia. Esto lo reconoce la abuela, quien conserva parte de la memoria familiar: “Debía ser mi abuela la que hablara. Sólo ella. [...] Su voz se alzó, pisando las aristas de cada uno de sus años, frondosa, florida humanidad [...] --¡Tienes que persignarte con esa plata, Laura! ... ¡Es la primera plata ganada por tu hijo! ... [...] Y mi madre se persignó” (p. 316). El ritual limpia la miseria de esa pieza del conventillo mugriento. Enrique es consagrado como potencia patriarcal que complementa al padre debilitado. No obstante, por sobre su potencial, en un eco de la memoria de Zorobabel, Enrique magnifica su nueva identidad de trabajador, de obrero, de productor de plusvalía, riqueza comunitaria: “Pero mi vida la sentí, de pronto, solamente sujeta a mis manos y a mi corazón. No ya a los temores [...] Miré mis manos. Manos de palmas con ampollas secas, donde el callo cobraba sus dominios” (p. 317). En última instancia, a través de Enrique se monumentaliza el valor histórico-antropológico de los seres explotados como los verdaderos constructores de la civilización y de la cultura. Esto se indica con la cita del escritor Lubicz Milosz con que se inicia la Tercera Parte y final del relato: “Las herramientas a la espalda y el pan bajo el brazo ... ¡Es él! ¡Es el hombre! ¡Se ha levantado! Y el eterno deber habiéndole cogido por la mano callosa, sale al encuentro de su día” (p. 229).

Un mejor entendimiento cultural de *La sangre y la esperanza* obliga a considerar lo que implica la novela en la construcción de una sensibilidad social congruente con las propuestas sociales y políticas del PCCH y de todo el movimiento socialista revolucionario chileno. En su novela Nicomedes Guzmán muestra conocer las discusiones tempranas en la formación del PCCH.

Aunque el Partido Obrero Socialista pidió el ingreso a la III Internacional Comunista en 1922, se lo declaró “partido simpatizante” con derecho a voz pero no a voto. Sólo logró la categoría de Partido Miembro desde 1928. Hernán Ramírez Necochea narra la problemática fundamental de los partidos comunistas de la III Internacional --establecer una línea de acción revolucionaria marxista-leninista para crear sociedades socialistas cuando éstas no existían

en ningún lugar del mundo y la de Rusia sólo era un proyecto en azarosa construcción. Asimismo, la práctica política marxista-leninista estaba en evolución de acuerdo con la experiencia de países de historia y civilización diferentes y diferentes modos de inserción en el sistema capitalista mundial. Por ello es que en la III Internacional predominarían las directivas del único partido que había hecho una revolución para imponer el socialismo. Tanto el socialismo como el partido marxista-leninista “genuino” serían largo tiempo un esbozo tentativa y experimentalmente escorzado y actuado. Esta inestabilidad fue compensada con la fuerte disciplina que se esperaba del los Partidos Miembros de la III Internacional en la implementación de sus directrices mundiales.

Entre los trabajadores de mayor conciencia política del Chile de la época las ideologías predominantes eran el liberalismo democrático, el mutualismo, el anarco-sindicalismo y el social-cristianismo propiciado por la Iglesia Católica y los gremios empresariales. La búsqueda revolucionaria de un nuevo orden social desconocido, quizás posible, debía hacerse sin una intelectualidad de formación teórico-práctica marxista-leninista. Pasarían años antes de que los cuadros más confiables del PCCH recibieran entrenamiento teórico-estratégico-táctico en discusiones y seminarios dentro de Chile, en otros países latinoamericanos, especialmente Argentina, y en la Unión Soviética para capacitarlos en el análisis de la situación socio-económica chilena y definir la acción política. La ilegalización del PCCH durante la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931) quizás haya favorecido la emigración de cuadros selectos para entrenarse, adoctrinarse y afianzar la estructura partidista. Ramírez Necochea señala que en el clandestinaje “el Partido se fue depurando y, libre de elementos humanos e ideológicos nocivos, adquirió finalmente el rumbo que lo transformó en una agrupación monolítica, en la piedra angular y en la fuerza experimentada de la revolución chilena” (p. 221).

La “depuración” se refiere a la fuerte lucha interna que dieron los cuadros de entrenamiento marxista-leninista contra la confusión ideológica con que sectores de la dirigencia y de la militancia del PCCH reaccionaron ante la descomposición económica, política y social de Chile y la intervención militar iniciada en 1924. Especial factor de confusión fue el supuesto potencial revolucionario socialista del Ejército de Chile.

Siguiendo a Lenin, Ramírez Necochea llama “infantilismo revolucionario” a la actitud de sectores de la militancia comunista que interpretaron esa descomposición social y las revueltas de trabajadores como índice de que la institucionalidad capitalista chilena estaba a punto de desplomarse. Para estos ultraizquierditas los conflictos entre los lideratos del bloque de poder y la intervención del Ejército indicaban que la revolución era inminente.

Actuaban bien con la ilusión de que el proletariado revolucionario organizado –con menos de 4.000 militantes comunistas-- tenía la fuerza para hacer la revolución por cuenta propia o podría hacerla aliándose con la oficialidad del Ejército. El Comité Nacional Obrero creado por estos sectores entregó a la oficialidad una propuesta para llamar a un Congreso Constituyente de Asalariados e Intelectuales que redactara una nueva Constitución. Esta debía crear una institucionalidad que asegurara el poder político del proletariado, que terminara con la propiedad privada de los medios de producción y con el régimen de salarios.

A la vez surgieron fracciones comunistas adherentes al movimiento cívico-militar nacionalista. Para ellos una coalición de clases preservaría la paz social reformando la institucionalidad capitalista, otorgando reformas laborales (seguro médico y social; jornada de trabajo de ocho horas diarias, seis días por semana; derecho legal a formar sindicatos; dictación de códigos de derechos laborales. por ejemplo). Para esta fracción el PCCH debía abandonar principios fundamentales del marxismo-leninismo y transformarse en un partido más dentro del aparato político burgués. Más aún, algunas fracciones proponían un gremialismo corporativista de corte fascista en reemplazo del parlamento para terminar con la corrupción de los partidos políticos. Para estos el PCCH debía autodisolverse.

El afianzamiento de una línea marxista-leninista --según Ramírez Necochea-- debía darse como una política a larguísimo plazo, de agitación y educación del proletariado, de las clases medias y de las pequeñas burguesías --aun las de ideologías divergentes y de elementos ideológicos reaccionarios-- para llevarlas a un entendimiento de coyunturas históricas cruciales que podrían culminar en una movilización en demanda del nuevo orden socialista. Para ello el PCCH debía participar en el juego político burgués mediante compromisos y alianzas con otros partidos y sectores políticos para conservar y expandir las libertades democráticas burguesas, combatir tendencias fascistas y dictatoriales, fortalecer iniciativas político-legales que fortalecieran a las organizaciones sindicales y mejoraran las condiciones laborales y la calidad de vida de los trabajadores. A través del tiempo estas alianzas y compromisos, junto con la expectativa del deterioro creciente de las condiciones de vida del proletariado bajo un capitalismo en crisis y condenado a grandes catástrofes en el futuro, crearían las condiciones subjetivas y objetivas para el advenimiento del socialismo. Esta línea se manifestó especialmente en las relaciones entre el PCCH y las organizaciones sindicales.

Las argumentaciones de Ramírez Necochea en cuanto a la relación PCCH-FOCH-movimiento sindical traslucen la difícil situación de un partido revolucionario que participa estratégica y tácticamente dentro del sistema capitalista para eventualmente destruirlo. En la década de 1920 el PCCH consideraba crasamente ilegítimas, reaccionarias y traidoras al

proletariado a las organizaciones sindicales mutualistas y socialcristianas. Se les aplicaba epítetos de “patronalismo capitalista”, “amarillo”, “blanco”. Eran legítimos sólo los sindicatos revolucionarios federados en la FOCH. Durante años hubo una equivalencia directa entre militancia en la FOCH y en el PCCH –las dirigencias coincidían, los locales administrativos y de reunión coincidían, los calendarios de congresos coincidían. No fue inconsecuente, entonces, que fracciones comunistas pensarán que el PCCH era realmente redundante en la lucha del proletariado.

La dirigencia efectivamente marxista-leninista insistió en diferenciar entre las funciones del PCCH como partido político y el movimiento sindical. Esta diferenciación reconocía la diversidad ideológica del proletariado chileno organizado. No obstante, a la vez el PCCH hacía énfasis en que su acción dentro del sindicalismo debía entenderse como parte de la agitación y educación que llevaría a la revolución socialista. Por ello es que, a pesar de los intentos de diferenciación, el PCCH y la FOCH eran de hecho y eran percibidos como espejos de reflexión mutua. Los sindicatos no revolucionarios evitaron contactos con la FOCH y buscaron organizarse en otros sindicatos. Los esfuerzos del PCCH entre 1922-1926 por organizar un frente único de organizaciones de trabajadores fracasaron. La dictadura militar de 1927-1931 terminó con estos esfuerzos. Decreció radicalmente la militancia de 4.000 alcanzada a fines del período 1922-1926.

El trasfondo histórico del PCCH agrega otro nivel de significación psicológica a *La sangre y la esperanza*. En el arco de desarrollo de la materia acuosa que evoluciona hacia una humanidad consciente de la utopía socialista, los personajes de la novela son diferenciados entre aquellos que logran diversos grados de conciencia de la misión histórica del proletariado y aquellos seres derrotados, despojados de humanidad, animalizados por el sistema capitalista. En la base de una pirámide de degradación están los alcohólicos, los ladrones, el lumpen, los usureros, las prostitutas inconscientes de ser trabajadoras sexuales, entregadas como están a depravaciones orgiásticas, los asesinos. Más arriba están seres malogrados como Zorobabel, que han perecido con algún grado rudimentario de iluminación de su identidad de clase. Más arriba, mujeres que instintivamente responden a su condición de madres de hecho o potenciales y, por tanto, sostienen la familia como foco de la solidaridad social más fundamental, aun con rudimentaria conciencia política –Laura y Elena. En un peldaño superior, están personajes motivados por la compasión y la generosidad más allá de límites ideológicos, como el Dr. Rivas y el padre Carmelo, en quien quizás haya una semilla de la futura Teología de la Liberación. Y en el tope, trabajadores de la mayor conciencia política revolucionaria de la época, como Guillermo Quilodrán y el “tío” Bernabé, a la vez militantes

comunistas y dirigentes de la FOCH.

Si prestamos atención a Ramírez Necochea, Guillermo tiene una ambigua relación entre el “infantilismo izquierdista” y la “genuina” línea marxista-leninista del momento. Por una parte está el espíritu sacrificial de los militantes PCCH-FOCH que protestan en las calles sabiendo que serán masacrados, con la convicción de que la revolución se acerca (“¡La verdad es que el pueblo parece no necesitar sino de buenos dirigentes que pongan su esfuerzo al servicio de la unidad [...] --¡Es cierto compadre, el pueblo triunfará solo ... !; ¡No tenemos más que defender nuestras organizaciones y afirmar bien los estribos!” (pp. 297-298). Al parecer este triunfalismo “obrerista” es el que lleva a Guillermo a oponerse al romance de su hija Elena con Abel Justiniano, intelectual de clase media. Pero también Guillermo tiene una amistad entrañable con el Dr. Rivas, proveedor notoriamente apolítico de cuidados corporales, y comparte celebraciones rituales con el Padre Carmelo, proveedor de consuelos para enfermos y familias de difuntos. La muerte de Justiniano ante el monumento del “padre de la patria”, Bernardo O'Higgins, funde la imagen del joven con los impulsos sacrificiales del ultraizquierdismo de Guillermo y sus preocupaciones en cuanto a la prolongación y continuidad de su familia. Impulsada por la sexualidad, los valores de este tipo de familia proletaria pueden ampliarse quizás a toda la nacionalidad.

ADECUACION DE LOS ROTULOS DE LA CRITICA LITERARIA: CANON, HISTORICIDAD Y DERECHOS HUMANOS

Al comenzar esta exposición indiqué que comparar las crisis nacionales de comienzos del siglo XX y del período 1970-1990 en Chile podría abrir nuevas perspectivas en la historiografía literaria. A mi juicio la más importante es reestablecer la memoria histórica de la lucha por los Derechos Humanos en Latinoamérica restaurando una visión historicista del canon de la novela latinoamericana. Aunque me he concentrado en la novela chilena, en su desarrollo cultural todos los países latinoamericanos han respondido a los mismos imperativos sistémicos del capitalismo transnacional. Puede, por tanto, formularse cuestiones generalizadas. En las décadas recientes la problemática cultural más urgente por deliberar ha sido la de los Derechos Humanos. Surge, entonces, una pregunta: ¿en que medida los rótulos creados por la crítica literaria historicista en las últimas décadas son adecuadas para esa deliberación? Creo necesaria una corta reflexión teórica al respecto.

El canon literario puede entenderse como la plasmación del desarrollo histórico de las dimensiones estéticas de la existencia, según lo registran los letrados –naciones del cuerpo humano, su sensualidad, sensibilidad, su entorno, su proyección en la naturaleza,

concepciones de “la buena sociedad”, del “bien común”, de “la calidad de vida”, del “ser humano ideal”, de “la dignidad humana”. Se trata de quimeras en cuanto a que, aunque se proyecten a partir de una realidad existente, nada asegura que sus utopías puedan concretarse. Se convierten en esquemas míticos en la medida en que la materia y la sociedad en sus modos concretos de existir son descritas/evaluadas/juzgadas según aquello que todavía no existe y quizás nunca existirá (Kolakowski). No obstante, esos mitos/quimeras en efecto sintetizan la relación entre espíritu/materia; razón/sentimientos impulsando a la praxis –la acción individual y colectiva para la transformación de la materia/naturaleza/sociedad; en esta acción los seres humanos se autotransforman material y espiritualmente, individual y colectivamente.

En la historia latinoamericana, la vigencia de estas quimeras/mitos ha estado marcada por los ciclos de surgimiento/expansión/mantenimiento/declinación de grandes imperios, tanto nativos como europeos. Toda estructura imperial implica simultáneamente procesos de construcción y destrucción. Construcción en cuanto se impone el desarrollo de modos de vida y disciplinas/represiones más “avanzadas” o productivas (definidos comparativamente) en las sociedades sometidas y la extracción de excedente productivo que fluye a la metrópolis. Aquellas estructuras de las civilizaciones conquistadas que puedan complementar el nuevo sistema imperial son integradas y modificadas en su servicio; desaparecen, se clandestinizan o marginalizan las innecesarias, no integrables o aisladas. Esto privilegia a los sectores sociales asimilados o asimilables, a la vez que condena a otros sectores a algún grado de escasez/miseria/ degradación. Este es el foco de la problemática de “la dignidad humana”, asunto central en lo que propongo.

En otras palabras, cada ciclo imperial genera la contradicción entre utopías/distopías. Atisbar en el horizonte nuevas opciones de integración imperial lleva a grandes conflagraciones sociales que buscan ampliar el concepto de “dignidad humana”. Para ello los letrados ensamblan quimeras/mitos según las vivencias y las discursividades culturales locales ya existentes y las importadas, originadas en esas otras opciones imperiales. Se gestan miradas críticas de transición que, por una parte, clausuran el orden imperial anterior (*Casa grande; El roto*) y abren el deseo de otro orden posible (*La sangre y la esperanza*). El mercantilismo del siglo XVI fue superado por el librecambismo inglés que motivó las independencias latinoamericanas y los Estados oligárquicos y dictatoriales liberales del siglo XIX –la “mirada horrorizada”. La crisis del librecambismo a fines del siglo XIX, las primeras décadas del siglo XX y la Gran Depresión llevaron a la importación del socialismo de Estado alemán y la versión estadounidense, el Nuevo Trato, con fuertes tendencias fascistas. También

se arraigaron en Latinoamérica el anarquismo español e italiano y el revolucionarismo soviético. La utopía fascista fue liquidada con la Segunda Guerra Mundial y el descubrimiento del Holocausto. La utopía soviética llevó al estalinismo, los gulags y finalmente al colapso de la economía, la institucionalidad y la hegemonía de la burocracia comunista. De estas conflagraciones surgió el Derecho Internacional de Derechos Humanos, la última quimera/ mito sobreviviente de la Modernidad.

Mi aproximación a las tres novelas interpretadas hace énfasis en esas crisis de los ciclos imperiales que reciclan definiciones más expansivas de la noción de “dignidad humana”, es decir, de los Derechos Humanos. Se trata de una aproximación dinámica a la historia estética, interesada en captar estas resensibilizaciones e intensificaciones de la sensualidad humana. Es fácil argumentar que las canonizaciones con que se ha discutido y enseñado académicamente la literatura latinoamericana a través de las generaciones siempre han estado motivadas por esta dinámica.

En especial desde la década de 1970 se hicieron esfuerzos por integrar la lógica de las ciencias sociales en la crítica literaria latinoamericanista para dar cuenta de los desafíos culturales del socialismo revolucionario en el contexto de la Guerra Fría. De aquí surgieron las principales categorías críticas asociadas con la geopolítica de la Teoría de la Dependencia --la “ciudad letrada”; la “transculturación narrativa”; las “narrativas fundacionales” de las nacionalidades; la política de los “lugares de enunciación”; el “pensamiento fronterizo”. Toda aproximación geopolítica se asienta en una imagen espacial del Sistema Mundial, privilegiando la disposición de los sistemas urbanos primados y satélites en que se centralizan los núcleos de influencia imperial dentro de los Estados nacionales. Paralelamente se definen sus límites territoriales y se decide la concentración de campesinos, mineros, inmigrantes. Establecidos estos mapas, luego se describieron las funciones de los letrados en sintetizar (transculturizar) las discursividades importadas y las internas (vanguardia y regionalismo, por ejemplo) y la promoción de narrativas de identidad nacional leales a los Estados y sus articulaciones con poderes imperiales. En efecto la producción literaria quedó traducida a un esquema interpretativo funcionalista.

El funcionalismo es un esquema estático para el propósito de estudiar las expansiones históricas de la concepción de “dignidad humana”. Es estático en cuanto hace énfasis en la relación de los componentes de un sistema, su ubicación y sus reglas de adecuación mutua, no en sus dinámicas de transformación. Como contrapeso, los investigadores proponentes de estos conceptos dieron un aspecto dinámico a su discurso entretejiendo frondosas observaciones personales, altamente subjetivas.

La lista canónica de la novela latinoamericana hace evidente que fue constituida sobre las consecuencias de las grandes crisis de representación y hegemonías en Latinoamérica de los sistemas imperiales. Si se acepta esta proposición, la crítica literaria debería ir más allá de conceptos funcionalistas y enfocar la atención en la dialéctica de las luchas sociales generadas por esas crisis y sus consecuencias literarias. En este trabajo creo haber mostrado que esto requeriría la utilización de una historiografía social que con mayor puntualidad mostrara la continuidad entre ficción literaria y dato histórico. De otra manera sería imposible recuperar la memoria histórica de las luchas por “la dignidad humana”.

OBRAS CITADAS

Barr-Melej, Patrick, *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2001.

Bragassi Hurtado, Juan, “Luis Orrego Luco: Su Vida y su Obra”. *Revista letras de Chile*.

Martes 16 de marzo de 2010, <http://revistalettrasdechile.blogspot.com/>

Edwards Bello, Joaquín, *El roto*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968.

Emeth, Omer, “Crónica Bibliográfica Semanal”, *El Mercurio* (Santiago de Chile), 2-VIII-1920, en Joaquín Edwards Bello, *El roto*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968.

Encina, Francisco Antonio, *Nuestra inferioridad económica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria S.A., Colección América Nuestra, 1955.

Etchepare Jensen, Jaime Antonio, “Sistemas Electorales, Partidos Políticos y Normativa Partidista en Chile, 1891-1995”. *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Epoca), Nº 112, abril-junio 2001.

Garcés Durán, Mario, *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago de Chile: Ediciones Documentas/Eco-Educación y Comunicaciones, 1991.

Gumucio, Rafael, “Chile: Corrupción y Poder”. [Http://www.revistapolis.cl/12/gumu.htm](http://www.revistapolis.cl/12/gumu.htm)

Latcham, Ricardo, Ernesto Montenegro y Manuel Vega, *El criollismo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, S.A., Colección Saber, 1956.

Latorre, Mariano, *Autobiografía de una vocación. Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo*. Santiago de Chile: Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Nº 5, s. f.

Levi-Faur, David, “Friederich List and the Political Economy of the Nation-State”. *Review of International Political Economy*, 4:1 Spring 1997: 154-178.

Pinto Santa Cruz, Aníbal, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Santiago de Chile: Editorial

Universitaria, Colección América Nuestra, 1959.

Ramírez Necochea, Hernán, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*. Moscú: Editorial Progreso, 1984.

Romero, Luis Alberto, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1997.

Ross, César, *Poder, mercado y Estado. Los bancos de Chile en siglo XIX*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2003.

Subercaseaux, Bernardo, *Fin de siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Aconcagua, 1988.

_____, *Historia del libro en Chile. (Alma y cuerpo)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.

Subercaseaux, Guillermo, *Monetary and Banking Policy in Chile*. London: Oxford: at the Clarendon Press, Humphrey Milford, 1922.

Sunkel, Osvaldo, *Un siglo de historia económica de Chile*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1982.

Vicuña Fuentes, Carlos, *La tiranía en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Aconcagua, 1987.

Vidal, Hernán, *La Gran Logia de Chile*. Santiago de Chile: Mosquito Comunicaciones, 2006.

_____, "The Gravitation of Narratives of National Identities on Human Rights: The Case of Chile. *Human Rights in Latin America and Iberoamerican Cultures*. Ed. Ana Forcinito, Raúl Marrero-Fente, KellyMcDonough.

http://spanport.cla.umn.edu/publications/HispanicIssues/pdfs/VIDAL_HRLAIC.pdf

Villalobos, Sergio, *Los comienzos de la historiografía económica de Chile. 1852-1940*.

Santiago de Chile: Editorial Universitaria. Fascículos para la Comprensión de la Ciencia, las Humanidades y la Tecnología, 1980.